

PARA TÍTULOS PROFESIONALES DE ESPECIALISTAS (CUARTO NIVEL)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

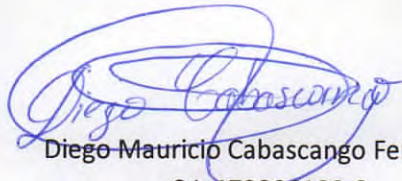
DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **DIEGO MAURICIO CABASCANGO FERNÁNDEZ** con Cédula de Identidad No. **172306199-8**, autor del trabajo de graduación intitulado: **“LA MUERTE DE CRISTO ES VIDA”**, previa a la obtención del título profesional de **LICENCIADO EN TEOLOGÍA** en la Facultad Eclesiástica de **Ciencias Filosófico-Teológicas**:

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 7 de septiembre de 2015



Diego Mauricio Cabascango Fernández
C.I. 172306199-8

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE CIENCIAS FILOSÓFICO-TEOLÓGICAS
ESCUELA DE TEOLOGÍA

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE LICENCIATURA
EN TEOLOGÍA**

LA MUERTE DE CRISTO ES VIDA

DIEGO MAURICIO CABASCANGO FERNÁNDEZ

DIRECTOR: MGT. DAVID DE LA TORRE, SS.CC

QUITO 2015

AGRADECIMIENTOS

Infinitas gracias por el apoyo incondicional a mi Padre, a mi Madre y mis Hermanos, sobre todo a Dios quien me guía y por supuesto a nuestra Iglesia Católica y todos los hermanos que conocí en el camino vocacional. De manera especial al director de Tesis por sus enseñanzas y paciencia, Padre David de la Torre, SS.CC

ÍNDICE

Contenidos	Páginas
INTRODUCCIÓN.....	1

CAPITULO I

VISIÓN FILOSÓFICA DE LA MUERTE.....	4
1.1. Percepción, Naturaleza y Sentido de la muerte en la Filosofía Griega.....	5
1.1.1. <i>Concepción de la Muerte en Heráclito y Epicuro</i>	5
1.1.2. <i>Concepción de la Muerte en Platón y Aristóteles</i>	8
1.2 Visión de la muerte en la Filosofía Medieval.....	11
1.2.1. <i>Concepción de la muerte en San Agustín</i>	11
1.2.2 Concepción de la muerte en M. Maimónides	13
1.2.3 <i>Concepción de la muerte en Santo Tomás de Aquino</i>	14
1.3. Concepción de la muerte desde el existencialismo secular.....	16
1.3.1. <i>El hombre “ser para la muerte (Martín Heidegger)</i>	16
1.3.2. <i>El hombre ser para la nada, Una apología de lo absurdo (Jean Paul Sartre)</i>	18
1.4. Visión de la muerte en el existencialismo cristiano.....	19
1.4.1. <i>La muerte como objeto de una angustia trascendente (Sören Kierkegaard)</i>	20
1.4.2 <i>La muerte como acceso a la Trascendencia, un humanismo trágico (Gabriel. Marcel)</i>	22

CAPÍTULO II

SUFRIMIENTO, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO CAMINO DE SALVACIÓN PARA EL HOMBRE.....	26
2.1. El Plan de Salvación de Dios pasa por el sufrimiento de Cristo.....	26
2.2. La muerte de Jesús como muerte de Dios.....	33
2.2.1. <i>Concepción de Jesús sobre su propia muerte y la significación de la cristiandad primitiva</i>	36
2.3. El acontecimiento muerte y resurrección de Cristo y las repercusiones para la humanidad.....	40
2.3.1. <i>La resurrección de Jesús y su aparición como el Cristo</i>	42

CAPÍTULO III

LA MUERTE DE JESÚS, PASO DE LO TERRIBLE A LO

CELEBRATIVO.....	47
3.1 La muerte del cristiano como el “con morir con Cristo”.....	49
3.1.1. <i>De la muerte de Cristo a la muerte del cristiano (Sacramento de unidad)</i>	50
3.2. La muerte de Cristo como Sacrificio que pone fin a todos los Sacrificios.....	51
3.2.1. <i>El cristiano frente a la muerte del Otro</i>	53
3.3.- La Eucaristía como sacrificio y sacramento de Salvación.....	55
3.3.1. <i>Institución de la Eucaristía</i>	55
CONCLUSIONES.....	59
BIBLIOGRAFÍA.....	65

ABSTRACT

Partimos del hecho de que el ser humano en su curiosidad por el mundo y lo que lo rodea se pregunta sobre su muerte; sin embargo, la mayoría de respuestas no satisfacen su cuestionamiento, el ser humano busca dar sentido a su vida y su muerte a su vez busca alcanzar la plenitud existencial, y así nacen las más diversas ideologías sobre nuestra vida y nuestra muerte.

El tema de la muerte es tratado desde varios escenarios históricos del desarrollo de del pensamiento en la sociedad, por esto el presente trabajo hace un recorrido por lo más destacado para tratar de responder al enigma de la muerte. Y en la enseñanza cristiana católica se encuentra por revelación divina en la Escritura, una respuesta a este enigma.

La interrogante sobre lo que nos espera después de esta vida, como la conocemos, es una interrogante universal y existencial. La filosofía antigua y presocrática inicialmente invitaba a una reflexión sobre la muerte. Como parte natural del ciclo de vida.

En los periodos de la reflexión platónica y aristotélica se pasa del mero disfrute de la vida a recordar que la muerte es el destino del hombre porque es mortal y señalar que el hombre tiene un alma que trasciende este mundo físico. Añadamos que se adhieren los temas de la inmortalidad y la reencarnación. Prepararse para morir es pensar en la vida y el modo de vivir, entonces, si se lleva una vida virtuosa la muerte será virtuosa o si es una vida corrupta la muerte será trágica. Todos tenemos potencia de perfección.

En el periodo medieval el encuentro entre Fe y la Razón, nos presentara una nueva forma de ver la vida, de esperar la muerte y una marcada esperanza de nueva vida después de la muerte por la fe. Los filósofos del medio evo, mantienen sobre el tema de la muerte la prioridad de la inmortalidad del alma, en la visión del Ser, es Dios, quien comparte su ser y por ende no lo abandona a la nada y al sin sentido. Se sostiene que la revelación de Dios permite al hombre buscar la perfección del alma y esta se consigue en la búsqueda del bien.

A continuación, pensar en el alma como una forma sustancial del cuerpo, permite también pensar en un propósito final que lo da Dios. El hombre tiene un fin extrínseco a sí

mismo, y nuestra muerte no tendrá la última palabra, porque nuestra alma es de cualidades: individual, inmortal y creada. Dios afirma que es dueño de la vida y de nuestra muerte.

Todo ser humano tiene una postura frente a la muerte o se la acepta con valentía o se la rechaza con cobardía. Para responder el tema de la muerte, según el existencialismo: es carente de sentido, vacía y es absurda porque pone fin a nuestra existencia. Seguidamente, el existencialismo secular no niega la muerte y ni sufrimiento, pero en cambio ciertos filósofos optan por negar la existencia de un Dios bondadoso y la creencia en Él.

En cambio, el existencialismo cristiano parte de Dios y manifiesta que la muerte no aniquila nuestra existencia sino que la transforma por medio de la fe en Jesucristo. Somos parte del Plan salvífico de Dios en la muerte y resurrección de Jesús que venció la muerte y nos da esperanza de continuar nuestra existencia junto al Creador.

Preguntarnos sobre la muerte nos ha hecho caer en: la tragedia, el sin sentido, el miedo, la desconfianza, lo desconocido, etc. Pero es a través de la Escritura y del desarrollo teológico que podemos manifestar una respuesta definitiva sobre el tema de la muerte y también manifestar que hay salvación por medio de la muerte de Cristo.

En Cristo encontramos la revelación del amor más sublime de Dios Padre para con la humanidad, Él pasa por la muerte porque en ella se une a la realidad de toda la humanidad permitiendo al hombre reconciliarse con el Padre y abrirse a la salvación. Después de la muerte corporal nuestras almas, por voluntad del creador, consiguen su propósito “la inmortalidad” en la vida eterna. Por lo tanto, dicha muerte es la que nos lleva a la vida en plenitud.

Debemos aceptar a Dios: en el sufrimiento, en lo trágico y en lo terrible que la muerte nos hace sentir, porque la muerte solo es un acceso a la vida eterna. Lo que nos salva no es la muerte en sí misma, sino es el signo del Amor de Jesucristo para con la humanidad llevado hasta el extremo, Él ofrenda su propia vida (Jn 15,13). Por otro lado en el Hijo, el Creador muere por su creación. Este acto de amor es definitivo, único y máximo (Ef. 5,2).

Creer en este sacrificio de la muerte en cruz es acercarse a conocer y asumir la gloria de la resurrección. La muerte en cruz en cierto sentido es el amor divino que no fue amado por el amor humano, aun así Cristo se entrega por nosotros. Dios nos ama primero y el símbolo de la muerte en la cruz debe permitirnos comprender que nosotros también solo tenemos sentido de vivir y morir cuando amamos a nuestro hermano, a nuestra Iglesia, a nuestro Creador.

Por amor fue enviado Jesús y Él asumió su misión con amor, obediencia y entrega absoluta, pero la maldad, el pecado y la ambición humana lo mataron. La muerte de Jesucristo se convierte en don de salvación, Él instituyó la Eucaristía como don de salvación para todo su pueblo. Consideramos a Cristo el rostro personificado de la salvación, su muerte es consecuencia de su vida, predicación y obras acompañadas de su confianza absoluta en el Padre. Él siempre mostró su infinito amor, su extrema obediencia y su entrega total al Padre, estas son algunas razones de su muerte. (Jn 3,16)

Cristo es modelo de vida, muerte y resurrección, nos guía a una vida que inaugura en cada uno de nosotros por su muerte y nos abre a la vida nueva en el Reino del Padre. Jesucristo nos acompaña en el peregrinar, es consuelo de enfermos, de quienes sufren, y de abandonados. Por Él sé afirma la promesa y esperanza de una vida que es definitiva y plena.

En la Misa o celebración de la Eucaristía se manifiesta que lo terrible de la muerte se convierte en la celebración de la vida nueva. Nosotros no celebramos la muerte sino la vida nueva en la Resurrección de Cristo. Él se queda en nosotros cuando recibimos su Cuerpo y bebemos de su Sangre, por ello, seamos uno solo en Él y con el Padre.

INTRODUCCION

En la sociedad, hablar de muerte y vida más allá de ella, resulta paradójico pues no se puede pensar en la necesidad de morir para vivir eternamente, la muerte ha sido un tema que siempre ha inquietado a la humanidad. Innumerables filósofos, teólogos y pensadores la han analizado desde diferentes puntos de vista, con miras a comprender el misterio que encierra; pero la mayoría de las reflexiones que se han hecho, aun cuando han resultado extraordinarias no han podido aclarar ese misterio.

En esta perspectiva orientamos la primera reflexión de la presente investigación, a analizar las diferentes concepciones de la muerte desde la Filosofía, las mismas que no responden a la paradoja planteada. Así desde la filosofía ha resultado imposible conciliar la idea que la vida eterna necesariamente debe pasar por la muerte.

En la filosofía antigua está la filosofía del buen vivir acuñadas por Heráclito, Epicuro y Boecio, incluso por la filosofía platónica y aristotélica que nos enseñan cómo enfrentar serenamente a la muerte y a aceptarla como destino del hombre. Pero estas visiones de la muerte no presentan la posibilidad de morir para vivir, aunque en la filosofía platónica está el elemento sobre la inmortalidad del alma y también la hipótesis de la reencarnación teoría extremadamente contraria al cristianismo.

En el contexto de la filosofía medieval, el tema de la muerte es tratado en buena parte a partir de categorías nuevas como: creación, fe, Ser de Dios, inmortalidad del alma y particularmente resurrección. Resurrección que será tratada ampliamente en los capítulos 2 y 3. Este periodo marca una nueva forma de vivir y morir desde lo religioso, pero se mantiene: la relación unitaria del hombre conformado de cuerpo y alma, sosteniendo que el cuerpo muere, más el alma es inmortal y está llamada a la felicidad plena fuera de este mundo. Y en torno a ello la muerte aunque parezca privativa o negativa nos llama al bien, al creador y a la perfección. No todo acaba para el hombre sino que se abre a algo nuevo. Este periodo filosófico será totalmente iluminador desde la lectura con la Teología.

El existencialismo secular ve la muerte como un absurdo que imposibilita la existencia, que se inserta en el ser para reducirlo a un no ser; entonces se ve como el fin de un proyecto de vida que se elaboró con sacrificio y esfuerzo, que la muerte se hace presente para arrancarnos la existencia. Sólo el existencialismo cristiano se fija en la muerte de Cristo, para dar sentido a la muerte individual de cada hombre. Este existencialismo no elimina la crueldad horripilante de la muerte, pero introduce un elemento esperanzador en cuanto ve a la muerte como el vínculo que une al hombre con Dios.

De este modo la muerte deja de ser absurda y vacía, se llena de sentido, en cuanto abre la posibilidad de encuentro con el absoluto. Pero esta concepción de la muerte sólo es posible a la luz de la fe. La fe con múltiples reflexiones esclarece la posibilidad de entender la paradoja, que con la muerte se llega a la nueva vida. Solo si se cree en la Muerte y Resurrección de Jesucristo podemos entender que la muerte no es el final de la vida, sino el comienzo de ella, una vida agraciada, al lado del Padre para la eternidad.

La resurrección de Jesús, abre la posibilidad de vencer a la muerte para nunca más morir; ella representa para el cristiano la esperanza de una vida eterna, de continuar nuestra existencia con Cristo y junto al Padre. De modo que la cruz y la muerte de Cristo abren la salvación definitiva, pero entonces surge la interrogante que orientará este trabajo: **¿Por qué la salvación del hombre pasa necesariamente por la muerte de Cristo en la Cruz?**

Cuya respuesta trataremos de esclarecer en el segundo y tercer capítulo, porque nos ocuparemos estrictamente del tema de la muerte de Cristo y la Salvación Cristiana. Cristo asume la naturaleza humana para salvarla, “se hizo semejante a nosotros menos en el pecado” parece ser que era necesario que Cristo asumiera toda la miseria humana para poder redimirla y salvarla, por eso aceptó una muerte de cruz.

El segundo capítulo se centra en recordar el Plan de salvación, que significa la redención humana, por medio de Jesús con: su vida, su predicación, sus obras, su sufrimiento, su muerte y resurrección. Seguidamente es importante ver el sentido de la muerte en cruz, sufrimiento, dolor, rechazo y aceptación de parte del mismo Cristo y de sus seguidores. Saber que Cristo aniquila la muerte como “vacío existencial” dándonos Esperanza. Además para despejar las dudas de si Jesús en realidad era verdadero hombre,

nos adentramos a analizar que concepción tuvo de sí mismo y de su propia muerte y cómo este acontecimiento terrible (muerte en cruz) y a la vez glorioso (apariciones resucitado) ha repercutido en toda la humanidad

Finalmente en el tercer capítulo reflexionamos desde lo antropológico, filosófico y teológico la parte pastoral. La muerte de Cristo da sentido a la muerte en sí misma, deja de ser terrible y se manifiesta gloriosa, porque es producto del fruto de amor, entonces es para los cristianos don y sacrificio; es una ofrenda de amor al padre para el perdón de los pecados del hombre. Es el sacrificio único porque Jesucristo muere perdonando a sus verdugos, se hace ofrenda a favor de la humanidad y de la existencia humana.

Abordamos como es que este acontecimiento pasa de lo terrible a lo celebrativo, convirtiéndose en sacramento de unidad del pueblo de Dios. Ya que “si morimos con Cristo resucitaremos con él” dice Pablo. Debemos ver el significado del morir con Cristo. Por otro parte también está la preocupación del cristiano frente a la muerte del otro, como se asimila la muerte del otro y como la muerte del otro nos abre a explorar la posibilidad de experimentar algo de nuestra propia muerte en la muerte de quienes queremos.

Para concluir el trabajo analizamos la muerte de Cristo como sacrificio que pone fin a todos los sacrificios, como único sacrificio agradable a Dios que reclama la libertad de los hombres y es capaz de espiar todos los pecados desde los de Adán hasta los del último hombre sobre la tierra.

Así mismo, analizamos que aunque la salvación ya estaba dada, Cristo quiso ofrecerse a los hombres sacramentalmente bajo las especies de pan y de vino. Y que la salvación de los hombres pasa por la celebración de la eucaristía, sacramento de unidad y salvación que aúna en una sola celebración, la pasión, muerte y resurrección de Cristo, de modo que tanto la muerte como la resurrección salvan. Reflexionamos como los cristianos al participar de este sacramento logramos la configuración con Cristo y nuestra salvación, porque escrito está lo dicho por el mismo Jesús: “el que come mi carne y bebe mi sangre, tendrá vida eterna y yo lo resucitaré el último día”

CAPITULO I

VISIÓN FILOSÓFICA DE LA MUERTE

La reflexión sobre la muerte es tan antigua, como antigua es la historia de la humanidad, tenemos indicios de ello desde las antiguas epopeyas de Homero, donde hubo un trato especial para los que mueren en batalla con honores fúnebres para que fueran bien recibidos en el reino de los muertos. La cultura griega era eminentemente religiosa, es lo que encuentra Pablo de Tarso en Atenas y es la impresión que tuvo al encontrar un altar incluso para el dios desconocido. Por tanto tenían una deidad para los muertos, Hades, que gobernaba desde los campos elíseos hasta el Tártaro.

La filosofía presocrática reflexiona la muerte pero para explicar: la inmanencia de la vida o explicar que la naturaleza está en constante movimiento, se hace un acercamiento a la muerte como un opuesto al nacer o como el final de la vida.

La filosofía clásica tiene una reflexión más profunda, sobre todo respecto a la muerte de Sócrates. A partir de entonces la reflexión sobre la muerte empieza a preguntarse sobre: la inmortalidad del alma, el sentido de la vida con un tinte ético moral sobre el modo de morir y de esperar la muerte; en este sentido encontraremos el pensamiento de Epicuro, Platón y Aristóteles. La filosofía romana tiene sus intérpretes destacados: Boecio, Seneca y Marco Aurelio, que por falta de espacio, los obviaremos.

La filosofía medieval reflexiona desde una nueva forma de ver la muerte pero para explicar varios elementos como: la fe, la existencia de Dios, Dios que da el “ser” al mundo y al hombres, el tema de la creación, la inmortalidad del alma, la idea de resurrección. Nos hace pensar de la muerte solo como un paso y que la verdadera vida está en la permanencia del alma por su naturaleza espiritual dada por el Creador.

Finalmente, la filosofía Existencial eleva la significación de la muerte: como carente de sentido, absurda, interrupción de un proyecto, como la nada. Son dos corrientes: el existencialismo secular (no religioso) cuyos representantes más tenaces son Martin

Heidegger y Jean Paul Sartre con ciertos intérpretes y el existencialismo Cristiano cuyos representantes más significativos son Sören Kierkegaard y Gabriel Marcel.

Así, este mapa reflexivo tiene los siguientes momentos sobre la concepción e interpretación de la muerte: a) en la filosofía Griega (clásicos); b) en la filosofía medieval (San Agustín, Maimónides y Santo Tomás) c) en el existencialismo secular (Heidegger y Sartre); d) en el existencialismo cristiano (Kierkegaard y Marcel). De esta manera se presenta el sentido filosófico de la muerte, para posteriormente analizar el sentido teológico y sentido pastoral cristiano.

1.1.- Percepción, Naturaleza y Sentido de la muerte en la Filosofía Griega.

Como la filosofía Griega manifiesta la pregunta: ¿Qué es la muerte?, se nos recuerda que nadie experimenta a la muerte en sí mismo, sino en ajenos, pero su importancia no radicaba en una reflexión como final, sino más bien, en una reflexión sobre el “vivir bien” ya que nadie puede escapar de la muerte, por tanto “comamos y bebamos que mañana moriremos”.¹

1.1.1 Concepción de la Muerte en Heráclito y Epicuro.

En la perspectiva de ver la inmanencia de la vida, como única certeza latente, el hombre debe pensar en una concepción sobre un “vivir bien”, pero esto le lleva a la inquietud. En Heráclito encontramos indicios sobre la preocupación de la inmanencia humana “A los hombres aguarda muertos lo que no esperan ni se imaginan” (Heráclito, Fr. 27).

Como podemos ver “no existe una preocupación sobre el estado o lugar de los muertos ni sobre lo que le ocurría después de ella, sino más bien, con esta frase se hace alusión a la inmanencia de la muerte, siempre futura y nunca presente.”(Lizano, 2004:80) Heráclito lo que quiere enseñar es que el más allá de la muerte es desconocido para el hombre. Nadie espera ni imagina su propia muerte. En este contexto se empieza a esbozar

¹ Esta frase se le atribuye a Epicuro, de quien habría parafraseado Pablo de Tarso para dar una enseñanza sobre la vida más allá de la muerte (resurrección) en 1Cr, 15, 32.

la idea de la no experimentalidad de la muerte, porque mientras se vive aún “la muerte” no ha llegado y cuando llega ya estamos muertos, “Acostúmbrate a pensar que la muerte para nosotros no es nada, porque todo el bien y todo el mal residen en las sensaciones, y precisamente la muerte consiste en estar privado de sensación.” (Carta de Epicuro a Meneceo). A la muerte se le asocia a la nada, por tanto carente de contenido y significación. Esto era latente incluso en la poesía, el teatro y la tragedia, es el destino final del ser humano.

<<es el último acontecimiento de la vida, por tanto ya no puede ser modificado su sentido por nada más: es él el que debe dar acabamiento a la vida, y si, confirmando la vida pasada, consigue hacerlo del modo más brillante y mejor, habrá conseguido dar figura a una buena vida, a una moira, brillante, “grande”>> (Lizano, 2004:81).

A la muerte quizá no sea apropiado calificarla de muerte buena o mala, porque ella en sí, al presentarse como final de un proyecto sólo sería mala, pero la filosofía Griega hace una dualidad, si una persona tiene una muerte tranquila y silenciosa entonces es buena y su vida habría sido aceptable y virtuosa, de lo contrario la vida habría sido llena de maldad. Así también la muerte es un momento “límite” que revela el contenido y plenitud de la vida. “Por tanto, la recta convicción de que la muerte no es nada para nosotros nos hace agradable la mortalidad de la vida; no porque le añada un tiempo indefinido, sino porque nos priva de un afán desmesurado de inmortalidad.” (Epicuro, Carta a Meneceo).

De este modo la muerte no Es, porque reduciría al hombre a la nada, adquiere Ser, en cuanto la vida ES y si la muerte habla y convalida la vida entonces la muerte ES. Para representar esta realidad Heráclito ejemplifica que la muerte es como un lote que puede ser mayor o menor, mejor o peor (Heráclito, Fr. 27).

Heráclito también hace alusión al nacer o renacer después de la muerte. Y así, en nuestra sentencia, el haber nacido lleva de por sí a consentir en la vida, y la vida es porción que sólo se recibe en virtud de la muerte (cfr. Heráclito, Fr. 25). Así mismo Heráclito liga a la muerte con la reproducción, esto es incluso antes del nacer, de modo que la reproducción es una compensación natural por la muerte, si bien el hombre muere pero deja hijos para que perpetúen la vida. (Heráclito, Fr. 88). Sin embargo, la muerte sigue siendo ajena a la

experiencia humana. Tener en cuenta eso constituiría ese “esperar lo no esperable”, de modo que la asunción de la muerte como destino y final de mí existencia, es que se vuelve esperable, pero no experimentable, ya que después de ella, la vida ya no sigue o por lo menos, no en continuidad con la terrenal. (Cfr Heráclito, Fr. 18).

Para Heráclito la figura más representativa de la muerte es el sueño, en cuyo tránsito se produce el paso de la vida a la muerte. Es común desde Homero en “guardianes de vivos y los cadáveres” (Heráclito, Fr. 21), los caídos en batalla, tuvieron cierto culto al cuerpo incluso después de muertos, por tanto se debía evitar a toda costa su profanación porque ya no podría entrar íntegro al reino de los muertos. (Heráclito, Fr. 24, 88). La muerte establece un límite entre los vivos y los muertos, es límite en sí. Se debe asumir la finitud, sin esperar que la muerte sea un mal o un bien; el establecer tal criterio era reservado a la divinidad.

Así demostró el dios cómo para el hombre era mejor estar muerto que vivir” (Hdt. I 31.3): dado que durante la vida el sentido de todo acontecimiento está aún a la espera de nuevos datos para definirse, resulta que sólo cuando la vida está acabada – sólo en el Hades – puede lo bueno ser decididamente y sin ambigüedad bueno. (Lizano, 2004:92).

En Epicuro resaltamos que el temor a la muerte es infundado: “Es estúpido quien confiese temer la muerte no por el dolor que pueda causarle en el momento en que se presente, sino porque, pensando en ella, siente dolor: porque aquello cuya presencia no nos perturba, no es sensato que nos angustie durante su espera.” (Epicuro, Carta a Meneceo) El fundador del hedonismo cuya propuesta es evitar a toda costa el dolor y la turbación, lo que propone es que aún: “El peor de los males, la muerte, no significa nada para nosotros, porque mientras vivimos no existe, y cuando está presente nosotros no existimos.” (Epicuro, Carta a Meneceo). Por tanto preocuparse de la muerte es, a más de insensato, absurdo ya que perturba la paz y el placer.

Para Epicuro lo señalado es coherente: “Así pues, la muerte no es real ni para los vivos ni para los muertos, ya que está lejos de los primeros y, cuando se acerca a los segundos, éstos han desaparecido ya.” (Epicuro, Carta a Meneceo) Epicuro desarrolla la doble funcionalidad de la muerte o mejor dicho las dos actitudes que los hombres pueden

tener frente a ella, “la mayoría de la gente unas veces rehuye la muerte viéndola como el mayor de los males, y otras la invoca para remedio de las desgracias de esta vida.” (Epicuro, Carta a Meneceo).

Finalmente, el comportamiento que el hombre debe asumir frente a la muerte según Epicuro, es el del sabio, en tanto que:

El sabio, por su parte, ni desea la vida ni rehuye el dejarla, porque para él el vivir no es un mal, ni considera que lo sea la muerte. Y así como de entre los alimentos no escoge los más abundantes, sino los más agradables, del mismo modo disfrutan no del tiempo más largo, sino del más intenso placer. (Epicuro, Carta a Meneceo).

1.1.2 Concepción de la Muerte en Platón y Aristóteles.

El tema de la muerte es abordado por Platón (maestro de Aristóteles) a partir de las enseñanzas que Sócrates tuvo con sus discípulos y de la misma muerte de su maestro, mismas que son redactadas en forma de diálogos. Platón ha concebido la idea dicotómica (separada) del mundo y de todo cuanto existe en él, expresado consecuentemente en el mito de la caverna. Por tanto concibe al ser humano en doble dimensión: cuerpo y alma. Donde el alma por tener un más alto grado de perfección y filiación a la Idea, es eterna.

En esta perspectiva, para hablar de la muerte obligatoriamente debe referirse al alma en cuanto no muere y subsiste al tiempo, de modo que la reflexión y lo que realmente importa a Platón no es la muerte material del hombre sino su dimensión trascendental. Es decir, lo que sucede en el más allá, en el mundo ideal o celeste. Su teoría esta en los diálogos como: La República, el Banquete, el Fedón, el Fedro, las Leyes y el Político.

A continuación, es importante señalar lo expuesto en el mito de Er (La República Libro X, 614b-621d). Er, fue soldado que muere en batalla y en la hoguera del funeral, vuelve a la vida y relata lo visto después de morir en el más allá. Describe cielo e infierno como aberturas, unos jueces de almas y estas eran separadas “justos a la derecha y a los malvados a la izquierda” que subían o bajaban a las aberturas. Elegían un nuevo modo de vivir y arrojadas bruscamente a la existencia (Platón, 1988: 487-488).

Así, Platón destaca la supervivencia del alma después de la muerte y la idea de la reencarnación. Pone de manifiesto que es preferible tener una vida justa, la misma que a simple vista no es apetecible, pero que permite mayores beneficios después de la muerte. Y todo lo contrario.

Sobre la idea de la supervivencia del alma, en Fedro se habla de un auriga (conocimiento-razón) que conduce una carroza (alma humana) tirado por dos caballos alados (uno es bueno corresponde al impulso racional y moral que conduce hacia la verdad o el malo representa las pasiones irracionales del alma, apetitos o naturaleza concupiscente.) (Platón, 1988:345). Pasará un milenio y solo el alma que haya podido ver la verdad puede tomar vida humana. Según reflexión de la filósofa Florencia Sal:

La muerte en Platón, es una oportunidad y prueba, porque existe un juicio con justicia, además es una oportunidad para ver y conocer la verdad, para escoger la próxima vida que le gustaría vivir, según el conocimiento que adquirió de la experiencia pasada, una vida según la justicia y la virtud, finalmente es la oportunidad para conocer lo que no se conoció en la vida pasada”. (Sal, 2000: 5).

En Aristóteles, el tema de la muerte en la metafísica es presentada como “corrupción o desintegración simple o funcional de la materia, como estación postrera. Todo organismo está desde su raíz condenado a la muerte.” (Clarence, 1949: 748). ¿Cómo pasa esto?: Por el principio radical de movimiento todo al surgir, está en POTENCIA y en constante movimiento hacia el ACTO, hacia su culminación o al cumplimiento de sus posibilidades. Pero al mismo tiempo le da una concepción positiva:

Todavía, se llaman perfectas aquellas cosas que han conseguido el fin, siendo éste noble; pues se llaman perfectas por tener el fin, de suerte que, puesto que el fin es una de las cosas extremas, trasladando el sentido también a las cosas malas, decimos que algo ha perecido perfectamente y que se ha corrompido perfectamente, cuando nada falta de la corrupción y del mal, sino que está en el extremo; por eso también la muerte se llama fin por metáfora, porque ambos son cosas extremas. Y también se llama fin la causa final última. (Aristóteles, 1997, 74).

Partiendo de la Idea de la perfección del alma, el cuerpo es perecible. “Esencialmente la función del alma es informar el cuerpo y dar la vida, pero al dar la vida -por ser tan

perfecta- funda la futura muerte en su extremo final.” (Clarence, 1949: 749). Es claro ver inmortalidad del alma como premisa.

En la ética a Nicómaco, la muerte está en relación con la felicidad del hombre:

Entonces, ¿no hemos de considerar feliz a ningún hombre mientras viva,... ¿es acaso feliz después de la muerte? la felicidad consiste en alguna especie de actividad? Pero si no llamamos feliz al hombre muerto -tampoco Solón quiere decir esto-, sino que sólo entonces se podría considerar venturoso un hombre por estar libre ya de los males y los infortunios. (Aristóteles 1970: 14).

Aristóteles trata del tema inmortalidad del alma en: la ética a Eudemo y el Protéptico. En la ética a Eudemo, trata sobre la ética o moral para el vivir y morir bien.

<<Ninguno de éstos puede pasar por valiente, por más que esté dispuesto a morir para dar gusto a sus pasiones. Tampoco es valiente el que muere por huir del dolor, como lo hacen aquellos de quienes habla el poeta Agathon, cuando dice: "Los débiles mortales, disgustados de su suerte, "Muchas veces han preferido al dolor la muerte.">> (Aristóteles, 1995: 48).

En el Protéptico, hay alusiones morales sobre la muerte, pero siempre ligada al alma “También el hecho de huir a la muerte muestra en la mayoría la afición de aprender del alma. Pues huye de lo que no conoce, lo tenebroso y lo no claro, en cambio, por naturaleza, sigue a lo claro y cognoscible.”(Aristóteles, 1995. En Eikasía 2010: 12).

Desde la filosofía antigua la búsqueda: del sentido de la muerte, la praxis de la filosofía del buen vivir, el tratar de resolver el más allá que es desconocido, cuidar que la vida que no sea perturbada del placer y la paz, el misterio del hombre como cuerpo y alma, la búsqueda de la perfección del alma y el sentido pleno del ser, se han convertido en elementos en torno del hombre que giran alrededor del tema de la muerte humana. Pero la filosofía medieval permite una nueva visión del mundo a partir del encuentro con el cristianismo.

1.2 Visión de la muerte en la filosofía medieval.-

El encuentro entre las fuentes de la filosofía griega, romana, arábigo-judía da origen a un encuentro entre la Fe y la Razón. Esto será el encuentro inevitable entre lo religioso y lo filosófico, pero el cristianismo se presentará inicialmente como una nueva forma de ver la vida, la muerte y al hombre. En cuanto a la reflexión sobre el tema de la muerte, este periodo cristiano nos añade elementos como: la fe, la existencia de Dios, Dios que da el “ser” al mundo y al hombres, el tema de la creación, la inmortalidad del alma, la idea de resurrección, entre otras.

Esta nueva filosofía expresará que el cristianismo es razonable desde ciertas categorías como, la creación que nos invita a pensar en un principio y un fin nuestro (tener días contados de vida). Y categorías como: “tiempo” “movimiento” y “mundo” en el contexto griego eran equivalentes a eternos. Entonces, consecuentemente la visión cristiana articula el tiempo en etapas históricas, que vistas como signos religiosos se traduce como parte de la Providencia de Dios. Esto supone concluir que: existe un plan de Dios para con la humanidad, la creencia divina de los acontecimientos que Dios permite y la acción de Dios en el mundo. Citemos a San Agustín, Moisés ben Maimon o Maimónides, y recogiendo este periodo Santo Tomas de Aquino.

1.2.1 Concepción de la muerte en San Agustín.

El más representativo de los padres latinos y del neoplatonismo cristiano, desde su reflexión antropológica-filosófica, toma el tema de la muerte a partir de la reflexión de:

En primer lugar, la preocupación de definir lo que significa “ser hombre”, entendiendo al hombre desde el conocido dualismo platónico; significa, el hombre es “un alma racional que tiene un cuerpo mortal y terreno para su uso”, y dice del alma conceptualizándola es “cierta substancia dotada de razón que está allí para dominar y regir el cuerpo.”

Entonces, nos cabe señalar que la muerte sí afecta al cuerpo mortal y nos afecta a todos ya que al ser mortales, influye en nuestra corporeidad. Por otro lado la muerte, es parte del

hombre porque, nosotros nos movemos en tiempo-espacio en este mundo y nuestra vida es temporal y dejaremos de usar este espacio.

En relación al dualismo se nos recuerda S. Agustín: “el cuerpo no es una cárcel del alma”, también que: “el causante de todos los males ya no es el cuerpo sino es el alma” que por mantener el libre albedrío optar por el mal.

En segundo lugar, por la afirmación de la inmortalidad del alma del ser humano y señala: la inmortalidad del alma como una exigencia de su naturaleza espiritual. Así mismo que la inmortalidad es necesidad que busca entender la felicidad plena y que no es asequible en esta vida, como la conocemos.

Desde esta declaración sobre la afirmación de la inmortalidad, cabe señalar que la muerte, no afecta el alma del hombre porque “el alma” tiene naturaleza espiritual y que el morir por un lado permite sin afectar el alma que el hombre encuentre su felicidad perpetua fuera de este mundo, eso nos hace pensar que la muerte nos libera de los bienes temporales que nos provoca transitorios y aparentes estados de felicidad. Por la muerte se intenta llegar a entender la felicidad plena.

Finalmente, desde “el fin del obrar moral”; el mal, el pecado son violación de la ley divina y si el alma ha caído en este estado se le imposibilita salvarse por sus propias fuerzas. Y la muerte contribuye solo a apresurar esa salvación o condenación, ella solo es acceso a salvarse o condenarse. San Agustín nos recuerda hablando del “mal” que este es un concepto privativo y desde esto se trata de entender la muerte.

Para el filósofo de Hipona todo tiene como primero y mayor bien “el existir” y nosotros el vivir, y lo que nos prive de la existencia sería malo, en este sentido la muerte sería un mal. Del mismo modo, en el poema “La muerte no es el final”, la frase inicial expresa que “la muerte no es nada”, ya que Dios es el dueño de la vida.

1.2.2 Concepción de la muerte en M. Maimónides.

El pensamiento de Moisés ben Maimon o Maimónides, representante de la filosofía judía medieval está marcada por: la fe, a Torá, el Tanaj y sobre todo por tratar de relacionar la Revelación con las categorías de la filosofía griega y la tradición aristotélica. La articulación del tema de la muerte, lo desarrollaremos a partir de la filosofía de su obra: Guía de los Perplejos, desde los temas:

Dios creo al hombre ex nihilo, es el primer motor y Ser necesario en el universo. Dios es incorpóreo y es eterno, no es algo que haya nacido. Dios no está sujeto a cambio. Así refleja que universo, mundo y hombre somos su creación en el tiempo, por lo tanto no somos eternos; sin embargo, la inmortalidad del alma se da de manera espiritual.

Nos recuerda que todo ser humano en su materia corporal no permanece, solo muere, pero su espíritu se immortalizará, es entonces que después de nuestra muerte como creaturas se confirma nuestra mortalidad material. El universo tuvo comienzo y antes de este, nada existía, fuera de Dios. Dios es el ser determinante y por lo tanto, el mundo entero necesita un Ser que determine su conjunto y cada una de sus partes.

En la línea de Aristóteles, mantiene que el cuerpo del hombre y sus partes son posteriores al alma, el alma se convierte en la esencia del cuerpo, que la materia se transforma en sujeto y este sujeto está atado a que algo lo haga ser bien. Este “bien” es la finalidad última de cada sujeto. Su filosofía, nos enseña que fuera de Dios, hay tres clases de seres: las inteligencias separadas, las esferas celestes y los cuerpos sublunares (terrenales) es decir los seres vivos en el planeta Tierra.

Maimónides señala que el alma o Néfesh, es una en esencia, pero tiene cinco facultades: la fuerza vital, los sentidos, la imaginación, el apetito (pasiones y voluntad) y la razón (libertad y entendimiento). En cuanto al cuerpo y toda la materia se encuentran sometidos a la ley del tránsito y de la muerte. Considera que paralelamente el espíritu (rúaj o razón) no está sometido al imperio de la muerte.

Sólo ciertos hombres elegidos alcanzan inmortalidad y la perfección su espíritu racional, divino. Y por lo tanto cada hombre debe buscar el perfeccionamiento de su espíritu desde

su vida terrena, caso contrario, si no buscó perfeccionar su espíritu, la muerte se convertirá en una negación de la realidad divina a la que ha sido llamado. El enfoque judío desde este autor, con respecto de la muerte, es tratar con un problema que debe ser resuelto por y para los vivientes.

Desde el tema del Mal: Dios jamás es el autor directo del mal, por un lado la materia de la que somos conformados es una privación de la perfección, esta privación se convierte para nosotros en causa de corrupción y por tanto del mal. Solo en un sentido, es nuestra condición humana, material, imperfecta, etc que da paso a nuestros propios males, por ejemplo: la enfermedad. Dios no es el directo responsable de la enfermedad como se puede pensar. Dios está por encima de la injusticia.

Señalemos también de este periodo, que al igual que en el pensamiento se invita a mantener una postura serena y confiada frente al enemigo, la muerte. Esta filosofía citada nos ha mostrado el parte del giro del razonamiento sin fe, al razonamiento complementado con la fe, un Ser que nos ha creado, que se ha revelado y que mantiene el todo por su bondad. Nos anima a la batalla contra la muerte y como remedio está la fe en la resurrección.

1.2.3 Concepción de la muerte en Santo Tomas de Aquino.

Este filósofo es la figura que sintetiza el pensar de la filosofía medieval y heredero del aristotelismo, es por eso que lo citamos. Alrededor de su metafísica y antropología avanzamos viendo los elementos que aclaran nuestro tema.

En cuanto al Ser: Dios ha compartido su ser al hombre, esta es la relación de Creador y de la creatura racional, Dios comparte la vida al hombre. Dios es el Motor inmóvil, Causa incausada, Ser necesario, Ser perfecto e Inteligencia ordenadora. Así lo manifiesta con las vías de la existencia de Dios, que Él crea al mundo y al hombre de la nada. (S Th. I, 1-2)

En consideración a la Antropología, según Tomás, “el hombre es un microcosmos, ya que es la síntesis y recapitulación de toda naturaleza” situado entre lo material y espiritual pero

con un fin como todo proceso natural, porque todo el hombre tiene un fin extrínseco a sí mismo. Por lo cual el hombre debe pasar por la muerte.

Afirma del Alma, es la “forma sustancial del cuerpo es individual e inmortal y creada por Dios”, el alma está toda en todo el cuerpo y toda en cada parte de éste: como forma, que le da la determinación esencial a todo conjunto. Es decir que el alma como forma de la materia (cuerpo) nos determina, nos hace en esta realidad física.

En esta perspectiva, Santo Tomás ubica desde la ontología el problema de la muerte y lo concibe con dos dimensiones:

- a) La muerte es de modo natural, si se considera al cuerpo en sí mismo en su propia naturaleza que es realmente un hecho natural. Su último acto es morir. La muerte que es parte de nuestra naturaleza nos recuerda nuestro paso por esta realidad. Y es naturalmente que moriremos.
- b) La muerte es de modo accidental, si consideramos el fin hacia el cual está ordenado el cuerpo. Por lo tanto, el cuerpo tiene como fin “ser materia del alma”. Y la muerte se nos presenta como accidente ya que interrumpe el fin del cuerpo de “ser materia del alma” porque la muerte aniquila el cuerpo. La muerte para el hombre es natural y es accidental ya que el cuerpo es materia corruptible. (Sobre el Ente y la Esencia).

Al reflexionar sobre la muerte, Tomás se ve conducido a introducirse en el reino de la teología, articulando fe y razón, finalmente nos enseña que la trascendencia es cuando el hombre muere y cumple con las leyes y su alma se encamina a la resurrección. El camino a la resurrección de la carne está ya abierto y con ello, la angustia que puede provocar la muerte, como lo veíamos en la filosofía antigua, va a tomando nuevo sentido. Y pensando en el alma es claro que ella se asegura la inmortalidad lo que no ocurre con el cuerpo.

Tratar de expresar todo el gran compendio de la muerte en la filosofía es un tanto complicado, pero poner a los autores más destacados, y citar de ellos los elementos que nos ayudan a reflexionar, es la mejor ayuda para mirar la concepción del tema de la muerte.

Posterior a la reflexión escolástica y cristiana, continuaron reflexiones centradas en el “ser” del hombre y más radicales en cuanto al sentido de la muerte y fuertemente en la filosofía contemporánea la categoría de la “existencia”, da un nuevo giro a nuestro tema sobre la muerte.

1.3. Concepción de la muerte desde el existencialismo secular

En el Existencialismo, la reflexión sobre la muerte incluye elementos como: el Ser humano enfrentado con la realidad “ser en el mundo”, el hombre enfrentado con la muerte, “ser para la muerte”, el hombre enfrentado a Dios “ser para la nada”, partamos de Martin Heidegger.

13.1. El hombre “ser para la muerte (Martín Heidegger)

Heidegger parte de la idea que el hombre es ser en el mundo y como tal es ser relativamente para la muerte; alude a que el final del hombre no es la muerte en sí, sino que puede trascender. La filósofa alemana Hannah Arendt exalta lo señalado, señala que el hombre “es ser-en-el-mundo, no lo es hacia la muerte, sino hacia un inicio interminable que se renueva gracias a la natalidad.” (Ahumada, 2011:8). Es decir trasciende.

Para Heidegger, el hombre es el único ser que se interroga sobre la muerte, “vive interpretando el fenómeno de la facticidad, “sobre” la vida fáctica, sobre el tiempo o sobre el ser, “desde” el ser y desde el tiempo. (Aumada, 2011: 9). Todo por la conciencia que posee que sabe que el morir, reflexiona sobre el tema, trata de aceptar su destino, no puede escapar, es certeza cierta que lo desconcierta, por eso para Heidegger, el hombre es “Ser para la muerte”.

Partiendo de la concepción aristotélica de movimiento, Heidegger encuentra que el Dasein contiene una vida en movimiento (kínesis) que se caracteriza por volcarse a sí misma en el sentido de anticiparse a ella. La anticipación más pura, o posibilidad extrema, es la muerte. Por ello es que Dasein no es un ente, sino un existente que puede, en lo

particular, dejar de existir, morir. Así que no es un rotundo acabamiento, sino una posibilidad de SER. La muerte es en Heidegger el “fin” de una continuidad incesante (Ahumada, 2011:8) Así en la Dasein el hombre no es, sino que puede y debe ser. Entonces: “La muerte sólo es el ‘fin’ del ser ahí formalmente tomada, sólo es de los fines que encierran la totalidad del ser ahí. El otro ‘fin’ es el ‘comienzo’”. (Heidegger, 1980: 403). El “Ser-ahí” equivale a “ser en el mundo” por eso, “la esencia del ser-ahí está en su existencia [...] y es un “yo soy”, “tú eres”. Y el ser-ahí es en cada caso mío, a su vez, en uno u otro modo de ser.” (Heidegger, 1980: 404). Sólo así se puede concebir que el ser entonces es un ser-relativamente-a-la-muerte.

Ahora bien, para Heidegger la vida real está llena de acontecimientos que nos hacen escoger entre posibilidades, esta misma vida espera un fin, un descanso, la propia muerte. La muerte se convierte en ligamento que relaciona al Dasein con la finitud humana, entonces la muerte no se cumple como las otras posibilidades, porque ella es la finitud, es determinante e ineludible, así cabe la concepción del hombre como un *ser-para la- muerte*.

Desde el Epicureísmo, Heidegger manifiesta que la muerte no se vive porque “saca al ser ahí justamente de la posibilidad de experimentar este tránsito [del ser al no ser] y de comprenderlo como experimentado”. (Heidegger, 1980: 260). Por ello es que la muerte se puede entender como un vuelco del “ser-ahí” al ya “no ser-ahí”. Heidegger sostiene en este caso que “el morir no es un hecho dado, sino un fenómeno que hay que comprender existencialmente, [...] que es peculiar en cada caso” (Heidegger, 1980: 262).

Punto de coincidencia entre M. Heidegger y el H. Arendt, respecto de la muerte, es justamente en la concepción de principium individuationis, donde la muerte nos aleja del vivir con otros. “La muerte es en cada caso la muerte de uno mismo; es dejar de compartir físicamente el espacio mundano”. (Arendt, 2002: 276).

1.3.2. El hombre ser para la nada, Una apología de lo absurdo (Jean Paul Sartre)

Sartre parte de la idea de “la muerte como absurdo, pero ese absurdo es fundado en el miedo a la muerte; en el temor de tener miedo, es decir, el hombre se angustia ante sí mismo en situaciones de peligrosidad.”(Sartre, 1961: 33). Pero el miedo y las situaciones de peligrosidad, no son determinantes de conciencia de la propia mortalidad, pero el determinante es el otro, el próximo.

Sartre reconoce con Heidegger y Epicuro, que no existe experiencia de la muerte propiamente hablando (comprendida como estado de muerte). El poder-morir constituye la estructura propia del Dasein, el fundamento de su ser, “Por tanto el Dasein humano no puede ser otro que un ser-hacia-la-muerte”. (Schumacher, 2008: 68).

En el “ser y la nada” Sartre desarrolla dos concepciones sobre la muerte: primero, como un término “que se adhiere a la nada del ser que limita el proceso considerado como el proyecto de vida” (Schumacher, 2007: 326). La muerte es un acontecimiento que se sitúa fuera de la vida “se la considera como lo inhumano por excelencia.” (Schumacher, 2007: 326). Es el gran incognoscible que limita a lo humano. La muerte no es nada, porque en ningún momento toca al para-sí, aun cuando se puede experimentar en la muerte del otro. (Schumacher, 2007: 129).

Existe una segunda concepción de la muerte que Sartre analiza de Heidegger: “la muerte forma el término último de una serie de fenómenos”. (Schumacher, 2008: 66). La radicalidad de Sartre frente a la muerte consiste en su percepción en que “Ya no hay otro lado de la vida, y la muerte es un fenómeno humano, es el fenómeno último de la vida, vida todavía.” (Schumacher, 2007: 616). En la humanización de la muerte, es un fenómeno de mi vida personal ya que “reduce el para-si-para-otro al estado de sin mí para-otro.” (Sartre, 1961:80)

Sartre es crítico de Heidegger, respecto al tema de libertad para morir (Cfr. Sartre, 1961:328-329) y de la muerte como mi posibilidad más propia, sostiene que en la explicación Heideggeriana existe mala fe en el razonamiento, ya que “esperar muerte, no es esperar la muerte... Se puede, en efecto esperar una muerte particular, pero no la

muerte.” (Sartre, 1961:328). Se la espera cuando es final del proyecto de vida en sentido particular, no Universal.

Sartre recuerda que: -mi muerte- no puede ser esperada, a menos que sea una condena a muerte. Entonces “el hombre se vuelve un condenado entre condenados, viendo ejecutar a sus camaradas, hasta que le llegue el día de su ejecución.” (Sartre, 1961:327)

Por tanto, el hombre no es libre para morir, se preocupa y esclaviza. En Heidegger no hay libertad y según Sartre es preciso que sea «libre para morir». Es imposible que la muerte pueda ser esperada porque no es una constante que todos mueran a una edad determinada, la muerte es repentina.

Para Sartre, la muerte no otorga un sentido a la existencia del para-sí, dado que al final está la nada. Y mientras para Heidegger, la muerte es fundadora de certidumbres.

1.4. Visión de la muerte en el existencialismo cristiano.

Tanto Sören Kierkegaard como Gabriel Marcel, nos presentan a su modo un existencialismo en una filosofía de la esperanza, base para lo que se llamará filosofía de la alteridad. En esta etapa de la reflexión sobre la muerte se insertan otros elementos de carácter ético-moral como: la angustia, la culpa, el pecado, la razón, la fe, la alteridad, la otredad. De modo que este existencialismo se vuelca a un humanismo más radical que Sartre, y matiza elementos del desarrollo de la vida humana en el mundo: a otros, frente a la muerte, a Dios, en el más allá.

1.4.1. La muerte como objeto de una angustia trascendente (Sören Kierkegaard)

La reflexión sobre la muerte en Kierkegaard parte desde la angustia, misma que es ocasionada por diversas cuestiones que afectan al hombre en la cotidianidad: problemas materiales, económicos, morales, la culpabilidad ocasionada por el pecado, la enfermedad, el problema de la fe. Todo esto es un entramado que vuelve al hombre existencial, más cuando mira su horizonte y al final ve a la muerte y piensa en el más allá, en su relación con Dios. Kierkegaard habla de la muerte desde la perspectiva de: la incertidumbre, la irracionalidad y la incapacidad de abarcarla por completo, esto ocasiona la angustia y lo incierto. No obstante lo que cambia la perspectiva y diferencia a este existencialismo del de Sartre y Heidegger, es que después de la muerte en lugar de la nada, está Dios, guía y Destino del hombre.

El puente entre la dimensión del hombre y Dios, es la fe, por ello es el camino a la trascendencia; así la muerte entonces no es más que la puerta hacia la trascendencia. En esta perspectiva analiza el relato del sacrificio de Abraham, “para afirmar que la muerte es la prueba de fe que Dios demanda”. (Kierkegaard, 1958:15). Este acontecimiento habría causado una angustia de doble significación: a) por un lado está la fe y la obediencia a Dios que no podía evadir y b) levantar el puñal y matar al hijo que amaba. Según Kierkegaard, la vida del hombre se debate en ese tipo de angustia, en donde la fe juega un papel determinante “El educado por la angustia, es educado por la posibilidad, y sólo por la posibilidad está educado con arreglo a su infinitud” (Kierkegaard, 1995: 52, 152-155) lo que significa que la angustia conduce a la fe y ésta a la trascendencia.

“La muerte no debe interponerse a la vida, aún cuando la tumba es vacía y silenciosa y en ella no hay reconocimiento, ni siquiera de Dios”. (Kierkegaard, 1983:71); sin embargo al otro lado de ella está Dios. Esto vuelca el negativismo de la vida enfrentada a la muerte, el cristianismo enseña a esperar la muerte con sabiduría y prudencia porque ella significa la puerta de entrada a la gloria de Dios: “...A toda costa intentamos evitar pensar en la muerte; no queremos sentirnos perturbados por ella - y el cristianismo quiere acercarnos a ella lo más cerca posible”. (Gabašová, 2014:65).

Tanto la vida como muerte no son extrañas, conjugan la una con la otra, vivir un instante significa la muerte de otro, y la angustia por el instante que pasó nos conduce a la fe y a la esperanza es por ende que se debe vivir con tranquilidad, ya que:

la seriedad consiste en vivir cada día como si fuera el último y, además, el primero de una larga vida; y en elegir esa obra que no depende de si se le concede a uno la edad de un hombre para completarla debidamente, o sólo un tiempo breve para haberla comenzado debidamente (Kierkegaard, 2010: 462-463).

Es así como entonces se da paso al humanismo, ya que la angustia de vivir para la muerte y para la eternidad, hace que el hombre, se interese por los otros y se ocupe de ellos, en esto consiste la alteridad u otredad, que desarrollaran Emmanuel Lévinas y Jacques Derrida.

Según Kierkegaard es necesario: “ser uno mismo”, es decir, llegar a sí mismo. Sin embargo, el hombre tiende a optar por indiferencia o una labor “irrelevante” y así huye de la seriedad. Aunque lo correcto es ser uno mismo para los otros, “independientemente de si se encuentra o no una explicación a la muerte, ya que la muerte por sí misma no explica nada”. (Kierkegaard, 1983, 96). Pero como el hombre no es un ser para la muerte, sino para la eternidad, lo que realmente importa es el bien que se hizo a los otros, ya que la autoconciencia no termina con la muerte, sino que se conserva eternamente.

1.4.2. La muerte como acceso a la Trascendencia, un humanismo trágico (Gabriel Marcel)

El pensamiento de Marcel está marcado desde la reflexión sobre la agonía y muerte, lo lleva a adoptar una postura más religiosa o cercana al cristianismo. Para hablar de la muerte parte de la concepción del ser humano como un ser corporal y por ende temporal. Un “ser” cuyo “modo de ser” es una exigencia y participación en el ser: existencia. Se considera entonces al hombre en el tiempo.

El carácter temporal de la existencia humana es esencial e innegable, pues “la existencia no puede ser de ninguna manera destemporalizada” (Marcel, 1959: 147) y Urabayen, prosigue, “pero no convierte al hombre en un ser para la muerte, en un ser cuya existencia está bajo el peso de la desesperación y la mortalidad. El tiempo es para el hombre la ocasión de perderse o la oportunidad de ganarse, y esta alternativa está al alcance de la libertad.” (Urabayen, 2010:42).

Al igual que Heidegger, Marcel, tiene cierto favoritismo por el tiempo concebido como Kairos, como un estar siendo, un estar indeterminado pero adecuado y oportuno que libera al hombre de la angustia y le devuelve la esperanza, por el contrario: “El tiempo cerrado conduce a una imagen del hombre como un ser abocado a la muerte, como un ser desesperado que vive un tiempo que se consume.” (Urabayen, 2010:43). El tiempo cerrado surge al considerar éste desde el punto de vista del tener: el número de años de vida que uno tiene, el tiempo que a uno le queda antes de la muerte y así visto este tiempo ahoga al hombre. (Urabayen, 2010:48).

El tiempo cerrado al que se refiere no es más que una descripción del tiempo que estaba viviendo, profundamente marcado por la filosofía de la muerte de Dios. Esta muerte ha significado la desaparición de “una determinada manera de concebir bien a Dios mismo, o bien, hablando más propiamente, del modo determinado de relación que me une a ese Dios al que me refiero en tanto que hombre”. (Urabayen, 2010:47). La muerte de Dios es la pérdida de la referencia del hombre a Dios y, como resultado, la absolutización del hombre: el ser humano que ya no tiene una relación con Dios se convierte en su propio ídolo, pero lo

trágico es que poco a poco éste se destruye así mismo. (Seco, 1989: 563-580). Con esta concepción no existen tales valores superiores, sino el desbordamiento al Nihilismo.

La muerte de Dios en el pensamiento de Nietzsche es la culminación de la transmutación de los valores porque, como decía uno de los personajes de Dostoievski, sin Dios todo es válido, pues los valores dependen de una jerarquía, una vez rota la cual todo pierde su valía y la pérdida de los valores ha supuesto la agonía del hombre. Lo trágico es que a la muerte de Dios, acontecida en el XIX, le ha seguido la muerte del hombre en el XX.” (Urabayen, 2010:49).

Lo que le preocupa a Marcel, es que con la muerte de Dios, el hombre carece de referencia y tiene que caminar sólo, deambula sin ningún apoyo ni asidero, en términos sartrianos, tiene que responsabilizarse de sí mismo, y responsabilizarse del resto, porque es un ser en el mundo y con los otros. Y para Marcel a pesar de lo que piensan los existencialistas, no puede vivir sin nada a lo que aferrarse, sin algo que le indique una ruta a seguir.

También, para Marcel detrás de la angustia está la muerte con su carácter trágico. De modo que “el espectáculo de muerte que este mundo nos propone puede ser considerado, desde cierto punto de vista, como una incitación perpetua a la negación, a la defección absoluta”. (Marcel, 2003: 119) Esto ocurre, según él, cuando no se reconoce el ser trascendente, cuando se vive sin existir de cara a la trascendencia, la muerte sólo provoca angustia. Así surge “la desesperación como choque sufrido por el alma al contacto con un ‘no hay nada más’”. (Marcel, 2003: 103) Pero entonces surge la esperanza, que por su naturaleza está ligada a una cierta especie de lo trágico. “Esperar es llevar dentro de sí cierta seguridad íntima de que, a pesar de las apariencias, la situación intolerable -la muerte- en que me encuentro no puede ser definitiva, debe tener una salida”. (Marcel, 2003: 298)

En consecuencia el paso final, es el abandono en el absoluto, es confiar el propio ser y el propio destino a quien nos otorgó la existencia. Es decirle, no entiendo a la muerte, no quiero terminar en la intrascendencia, Dios, en ti confío, algo haz de hacer con mi vida.

Con Marcel la muerte es un misterio no un problema, destaca a la muerte como prueba de fidelidad entre dos seres: “Ella es la prueba de la suprema fidelidad, el momento

en que es preciso optar, o por la destrucción del amor, o por su reflujo en el misterio inverificable, desde donde desafía a la ausencia.” (Ruiz, 1971:107). Ejemplificando, Amar a un Ser equivale a decirle; no morirás, así este autor puede ver en la muerte el lugar donde emerge el Ser. Precisamente la razón del hombre crea una esperanza.

Finalmente, Marcel también ve en la muerte un: “fin irreversible del estado de la encarnación y de la temporalidad”. (Ruiz, 1971:108). Y hablando de la muerte de un hombre concreto Jesucristo, en la encarnación del Logos como hombre se manifiesta temporalidad de vida terrena. Quien ama no puede dejar su amor a la aniquilación de su amor por otro. La muerte de este hombre Jesucristo, es la muerte que implica dar su Ser total para beneficio de los demás, así es la muerte una prueba de amor como lo señala Marcel.

Se inserta desde entonces, la noción nueva de una muerte sin angustia, muerte que nos ofrece una especie de hospitalidad, muerte que se puede esperar con certeza que nuestra condición existencial continua. La reflexión filosófica nos permite responder de mejor manera a la realidad del hombre, en el siguiente capítulo la reflexión Teológica mira a la muerte como nueva vida dada radicalmente por amor, amor que es capaz de llevar a los hombres a ver de manera distinta “la muerte.”

Concluyendo, la reflexión sobre la muerte en los primeros escritos filosóficos sistemáticos los encontramos en: Heráclito y Epicuro, la muerte es tratada como parte de un ciclo, como opuesta al nacimiento y para ejemplificar, el desenvolvimiento dinámico de la naturaleza, sin embargo en Epicuro, se le da un tratamiento de aniquilamiento, que termina en una negación por ser in experimentable; con lo cual termina aconsejando vivir la vida y esperar la muerte con sabiduría, sin dejar que perturbe la felicidad y el placer de la vida.

En segundo momento: Platón presenta a la muerte como una oportunidad, para alcanzar la verdad y la justicia, en cuanto el alma es inmortal y se reencarna hasta perfeccionarse. Por su lado Aristóteles presenta a la muerte más desde lo ético y lo moral, enseñando que la muerte es un reflejo de la vida; es decir, el hombre muere como vive, por eso debe vivir según la virtud, practicando la justicia.

Terminamos señalando, la doble visión existencialista: Existencialismo secular con Heidegger y Sartre, para Heidegger, el hombre es considerado un ser para la muerte, pues ella es su destino, si bien, el hombre en cuanto existente participa del ser, este no es eterno, en el horizonte le espera la muerte. Sartre cierra la posibilidad a la trascendencia, la única salida a la angustia que causa la muerte es el humanismo, el ser en el mundo. La vida entonces tiene sentido, cuando nos responsabilizamos de nosotros mismos y conducimos la existencia solos sin un referente, ya que después de la muerte sigue la nada.

Existencialismo Cristiano: para Kierkegaard, la angustia conduce a la fe y la trascendencia, por tanto la muerte no es vacía, sino la posibilidad de trascender, de volver al origen de donde surgimos. Desarrolla la idea de ver a la muerte como la posibilidad de encontrarse con el absoluto. Por tanto, si la vida no termina con la muerte, es necesario ser en el mundo con y para los otros, porque entonces la vida no habría sido vana y vacía. Además del bien que se haga a los otros depende la fusión con el absoluto o al menos la contemplación de Dios.

En esta línea sigue Marcel, criticando al súper hombre y los valores superiores de Nietzsche, propone algunas reflexiones para salir de la angustia, a tener fe y esperanza, puesto que la vida no termina con la muerte, sino que se transforma, mejor dicho es Dios que la transforma le da sentido y la hace útil.

CAPÍTULO II

SUFRIMIENTO, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO CAMINO DE SALVACIÓN PARA EL HOMBRE.

Una vez vistas las diferentes concepciones de la muerte desde la Filosofía, conviene ver ahora la muerte de Jesús y su significado para el mundo. Desde el ámbito político y religioso era conveniente que Jesús muriera. “Pero uno de ellos, Caifás, que era el Sumo Sacerdote de aquel año, les dijo: «Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación. »” (Jn 11, 49-50).

Lo que no se sabía era que la Muerte de Jesús, coincidía con el desenlace del plan de Salvación de Dios y que por ende, significaría la redención de la humanidad. En esta perspectiva las palabras de Caifás se convertirían en palabras proféticas ya que desde el punto de vista del plan de Dios, también convenía que uno sólo, el Hijo de Dios asumiera el dolor, el sufrimiento y la muerte para poder reconciliara al mundo con Dios. Al final terminaba haciéndose realidad la voluntad del Sumo Sacerdote y del Gobernador “Uno por todos”, lo que en la economía de la salvación también era conveniente.

En esta perspectiva analizaremos cómo el sufrimiento, dolor y muerte de Jesús, abren un horizonte de vida para toda la humanidad, y no cualquier vida, sino la posibilidad de una vida eterna al lado de Dios. Por eso solo “Se es cristiano, si se acepta que la salvación definitiva de Dios se manifiesta en Jesús, y que esta convicción fundamental establece una comunión de gracia” (Schillebeeckx, 1981: 25) que se nos otorga por la fe, la esperanza y la caridad.

2.1. El Plan de Salvación de Dios pasa por el sufrimiento de Cristo

Antes de hablar de la Muerte de Jesús, consideramos conveniente primero hacer un breve recorrido por la Historia de la Salvación, con el propósito de introducir el tema y poder determinar ¿cómo la muerte de Jesús es el culmen del Plan de Salvación de Dios?.

Dios Padre, desde la creación, quiso compartir su amor con el hombre y desde entonces, entro en constante comunicación con él, procurado infinitas maneras de hacerlo a

través de los tiempos. Desde hacer retumbar su voz, revelarse en sueños hasta revelarse plenamente en su hijo, quien nos enseñó a orar para que la comunicación sea recíproca.

Pero persiste la huella del pecado y la desobediencia de Adán y Eva que no permite la salvación definitiva, por ende Dios emprende un plan de salvación absoluto para que el hombre viva y sea feliz. Pero el hombre nunca pudo corresponder a los planes divinos y mantenerse en armonía con su Padre y con sus semejantes. Con el pecado de Adán y Eva la humanidad entera así como toda la creación queda alejada de Dios.

Pero Dios no puede ver a su creación quedarse en las tinieblas, y él mismo enciende una luz de esperanza que es el mismo Cristo, que con su: Encarnación, vida, predicación, muerte en cruz y resurrección gloriosa, vencerá al mal y nos reconciliará con el Padre. Por lo tanto el Plan de Salvación de Dios es que Cristo con su sufrimiento y muerte venza el mal y con su resurrección nos abra el camino a la vida eterna. Es Dios que se hace hombre por amor, para poder salvarnos.

Así, Dios mismo, en la persona de Cristo, que siempre se queda con la humanidad sin alejarse, es Dios mismo que será llevado por amor a la cruz. Pero ¿Era necesario el sacrificio de Jesús para salvar a los hombres?, la primera respuesta a esta interrogante la esboza San Juan “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.” (Cfr Jn 3,16).² Entonces Dios no manda a la muerte a su hijo, él acepta la muerte en cruz por amor para salvarnos, pero es la humanidad y su violencia quienes crucifican al Mesías.

Ciertamente Israel el pueblo elegido esperaba un Mesías, esperaba que Dios irrumpiera en la historia y lo rescatara de la opresión y según la promesa davídica se esperaba un Rey sabio y poderoso, por lo menos como David. Entonces resulta paradójico un reinado que termine en una cruz donde “Cristo crucificado, es escándalo para los judíos, locura para los paganos” (1Cor, 22-23). Solo cuando comprendemos que el reino de Jesús no era de este mundo es que podemos afirmar, que la cruz es la cumbre del poder salvador de Dios.

² Los textos bíblicos citados en este ensayo son extraídos de la Nueva Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, edición 1998.

Jesús es el Cristo, es rey en cuanto crucificado. Su crucifixión es su realeza, su realeza es el don de sí mismo a los hombres, es la identidad de la palabra, misión y existencia justamente en la renuncia a su existencia; su existencia es pues su palabra. Él es la palabra porque es amor. Desde la cruz, la fe va entendiendo poco a poco que ese Jesús no sólo ha hecho y dicho algo, sino que en él, persona y mensaje son lo mismo, que él es siempre lo que dice (Ratzinger, 2005: 175).

En este contexto conviene analizar que el plan de Salvación se llevó a cabo y finalmente Dios cumplió con su promesa, pero tuvo un costo, el precio lo pagó un hombre que venía de Dios, Jesús de Nazaret, quien asumió la misión del Padre, de reconciliar al hombre con Dios y lo pagó con sufrimiento, dolor y sangre y muerte.

En este sentido, el desenlace de la historia de la salvación no es ajeno a la historia de la humanidad la misma que se presenta como:

“una historia de sufrimiento en que toda la identidad, el sentido y el valor de la realidad y de la existencia humana parecen estar incesantemente cuestionadas de raíz por la no identidad, la carencia de sentido y la ausencia de valor. Una historia en la que el caos, es absurdo y la ilusión ponen radicalmente entre dicho el último fundamento, sentido y valor de la realidad y de la existencia humana” (Küng, 1977:544).

Sin una experiencia de fe, fácilmente se podría cuestionar que si el mismo hijo de Dios fue presa del dolor y del sufrimiento a la más grande escala, ¿que podríamos esperar nosotros? Y acogeríamos el cuestionamiento de Hans Küng, “Dios prototipo de sentido ¡y en su mundo hay tanto absurdo, tanto dolor y tanta culpa sin sentido! ¿Es ese Dios quizá como le han reprochado Nietzsche y tantos otros un déspota, un embustero, un caprichoso un verdugo?” (Küng, 1977:544). Que no fue capaz de salvar ni a su propio hijo en quien tenía sus complacencias (Mt 3, 17). Es más a lo mejor podríamos cuestionarnos al estilo de Epicuro ¿Por qué permite Dios el mal y el sufrimiento? Y adoptar con facilidad la respuesta de Feuerbach: “O no puede impedirlo, y entonces no es omnipotente; o no quiere y entonces no es santo, justo y bueno; o ni puede ni quiere y entonces es impotente y malévolo a un tiempo; o, finalmente puede y quiere, pero entonces, ¿Por qué hay tanto mal en este mundo?” (Küng, 1977:544).

La respuesta a esta problemática, se ha intentado desde diversos puntos de vista, la primera justificación vino de Gottfried Wilhelm Leibniz en su Teodicea de 1710, en la cual se concibe a Dios bueno y al sufrimiento como consecuencia de las malas relaciones de

los hombres, aduciendo que Dios no tiene nada que ver con el sufrimiento humano porque es el resultado de la libertad del hombre sobre la cual nada puede hacer Dios, porque le dio al hombre inteligencia para ejercer su libertad.

Lo mismo podríamos decir sobre la muerte de Jesús, es el resultado de la radicalidad con la que vivió y que por ende incomodó a los hombres quienes optaron por matarlo, para poner fin a los llamados de conciencia que les incomodaban.

También ahora, en lugar de asumir nuestra responsabilidad, usamos a Dios como chivo expiatorio y le hacemos cargo de la irresponsabilidad humana, sin darnos cuenta que en la infinita sabiduría de Dios, la muerte de Jesús era la mejor opción para llevar a cabo su plan salvífico, era necesario que Dios muriera en la persona de Jesús para poder salvarnos, porque solo haciéndose hombre y asumiendo todo el dolor y el sufrimiento humano es que podía salvarnos, en su lógica no podía salvar lo que no habría de asumir.

De este modo, si existe alguien capaz de erradicar el problema en su totalidad es aquel que lo ha experimentado en carne propia y luego resultó vencedor, saliendo victorioso incluso ante la muerte, entonces la última alternativa es acogerse y refugiarse en las manos de quien si lo ha logrado.

Este redentor no puede ser otro que Jesucristo, que nos ha redimido pasando por el dolor más terrible registrado en la historia, entonces volvemos la mirada a la redención porque “solo la redención es capaz de hacer surgir un hombre nuevo, liberado de la culpa, que se sabe aceptado en el tiempo y en la eternidad, libre para vivir una vida llena de sentido y entregarse sin reservas a favor del prójimo y de la sociedad y aliviar la miseria en este mundo”. (Küng, 1977:547).

Pero no hay que perder de vista que la actitud ante el sufrimiento está íntimamente ligada a la actitud ante Dios y ante la realidad, Jesús confió siempre en Dios incluso en la muerte “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 45) de la misma manera “En el sufrimiento llega el hombre a su más extremo límite, al problema decisivo de su propia identidad, del sentido de su vida y de la realidad en general”. (Küng, 1977:548). De este modo el dolor interpela y frente a la propia impotencia se confía en quien salió triunfante y

vencedor, es entonces cuando el sufrimiento se convierte en un horizonte esperanzador ya que es la continua piedra de toque de la confianza en Dios.

Para unos, el dolor concreto ha sido motivo de incredulidad, para otros estímulo de fe pero no perdamos de vista que el sufrimiento es motivo de fe cuando vemos en “el acontecimiento del Gólgota <<exaltación de Cristo>> un acontecimiento esperanzador para el cristiano, porque hay algo inacabado que está todavía en posibilidad, que está pendiente de un futuro.” (Moltmann, 1971:148).

Los planes de Dios no tienen la lógica humana, por eso aunque para nosotros el desenlace del plan de salvación parece cruel y despiadado, para Dios era la mejor opción. Por tal razón es que “solo habiendo Dios es posible contemplar el infinito sufrimiento de este mundo. Sólo creyendo confiadamente en el Dios incomprensible y siempre mayor, puede el hombre tener fundadas esperanzas de atravesar el ancho y hondo río del dolor del mundo, consciente de que por encima del abismo del dolor y del mal una mano se extiende hacia él.” (Küng, 1977:548).

Sólo con esta actitud el problema del sufrimiento es más llevadero, hay que luchar contra el dolor porque al lado de Dios es no hacerlo solo, es acogerse al poder de Dios que da esperanzas, mientras que el que camina solo, la única alternativa es la rebelión contra Dios.

Entonces la propuesta para el cristiano ante el problema del sufrimiento es la redención de Jesucristo en la Cruz, incluso sabiendo que este acontecimiento no elimina el dolor ni el sufrimiento, pero que al final lo vence. “Desde la perspectiva de Jesús no puede anularse el hecho del sufrimiento de cada hombre. Aquí queda siempre un margen para la duda. Pero desde la perspectiva de Jesús puede y debe hacerse patente la justa relación del hombre con el dolor, el valor vicario y el sentido oculto del sufrimiento”. (Küng, 1977:548). Porque “es precisamente el creyente quién mejor comprende el futuro que éste acontecimiento entraña, y por eso lo entiende en un horizonte universal y escatológico.” (Moltmann, 1971:150).

De modo que “desde la perspectiva de la pasión decisiva de Jesús, desde su sufrimiento y de su muerte, podría la pasión de cada hombre, la pasión de toda la humanidad, cobrar un sentido que no puede otorgar el relato de Job con la mera apelación a la fe y a la confianza incondicionadas” (Küng, 1977:549), ni puede otorgar la filosofía, ni siquiera la razón ya que “La esperanza cristiana no es, pues, el consuelo del más allá, sino que enrola al cristiano en el frente de la acción apostólica y lo sumerge de lleno en el deber del amor” (Moltmann, 1971:381), a ejemplo de Jesús que muere en una Cruz abandonado por Dios a cuya cercanía lo apostó todo por amor le tocó morir sin sentido, en palabras de Moltmann:

El anunciado hijo del hombre, perfectamente consciente de su misión, toma en sus manos la rueda del mundo, la pone en movimiento e intenta darle un último giro, para orientar la historia rumbo al fin del mundo. La rueda se resiste, y él queda aprisionado entre sus radios. Un movimiento más de retroceso y acaba por dejarlo triturado. La rueda del mundo sigue dando vueltas llevando prendidos en sus radios los jirones del único hombre que hubiera podido ser capaz de constituirse en rector espiritual de la humanidad y de dominar la historia. (Schweitzer, 1906: 367. En Moltmann, 1971: 404).

Esto para decir que el cristiano debe dirigir su mirada a la resurrección de este hombre, Jesús de Nazaret, desde el cual se puede concebir el acontecimiento de la muerte como vencimiento de la misma y desde este acontecimiento mismo concebirlo a él, como verdaderamente capaz de ser el eficaz rector espiritual de la humanidad sufriente.

Pero esta concepción no es el producto de un acto de magia realizado por Dios en el hombre, ni por su hijo; esta concepción es el resultado de la vivencia profunda de una experiencia de Dios que generalmente ocurre en circunstancias de dolor y de sufrimiento o en la entrega absoluta en el amor.

Pero esta actitud solo es posible si tenemos la vista puesta en la resurrección

Solo con la fe en la resurrección de Jesús a una vida nueva con Dios cobra sentido esta muerte sin sentido. Solo a la luz de esa vida nueva de Dios resulta claro que la muerte no fue en vano, que el Dios que parecía dejarlo caer a la vista de todos, en realidad lo había sostenido a través de la muerte; que a aquél que había llegado a experimentar como nadie antes el abandono de Dios, Dios no lo había abandonado; que Dios, públicamente ausente, había estado ocultamente presente. Esto es lo que da sentido al absurdo sufrir y morir de los hombres, y un sentido que el hombre no puede, sufriendo y muriendo fabricar por sí mismo, pero que puede dejarse regalar por otro completamente distinto, por Dios” (Küng, 1977:550).

Ahora bien, resulta que la fe en la resurrección de Cristo y el hecho mismo de que Cristo haya resucitado no ha eliminado el dolor ni la muerte como ya lo hemos afirmado. El dolor y la muerte siguen asediando a la vida humana. Pero tenemos que comprender que “no se trata de reinterpretar, minimizar o glorificar el dolor, Tampoco se trata de aceptarlo estoicamente, de soportarlo apática y ataráxicamente menos aun de buscarlo masoquistamente, de convertirlo acéticamente en placer. Más bien se trata de combatirlo con todos los medios humanos posibles en la esfera individual y social en las personas y en las estructuras sabiendo que tenemos un aliado Dios mismo en persona”. (Cfr. Küng, 1977:551).

Es entonces desde el sufrimiento y de la muerte de este Uno, Jesús de Nazaret que el sufrimiento humano tiene sentido, “un sentido oculto que hay que descubrir, porque no se trata de un consuelo barato. Se trata de una libre oferta de sentido. El hombre tiene que decidir. Puede rechazar este sentido oculto por despecho, cinismo o desesperación. Pero también puede aceptarlo con confianza fiel en aquel que dio sentido a la absurda pasión y muerte de Jesús”. (Küng, 1977:551), Y aunque el sufrimiento siga siendo un mal, no es ya un mal absoluto, es una parte inherente del hombre como el amor que siempre está unido al dolor “El sufrimiento brota de la pasión del amor. Este amor es el impulso de la cristiandad a salir de sí misma y a entrarse por el mundo.

En esta perspectiva ni la muerte ni el sufrimiento pueden poner en peligro la esperanza del hombre porque queda convencido de que “No solo puede encontrar a Dios en luz y en la alegría, sino también en la oscuridad, en la tristeza, en el dolor, en la melancolía. Su dolor no es signo de ausencia de Dios. En la pasión se ha puesto de manifiesto que el sufrimiento es camino hacia Dios” (Küng, 1977:552), es lugar de encuentro con él. De modo que la lucha contra el dolor y el sufrimiento puede únicamente llevarse a cabo poniendo la mirada en Jesús doliente y confiado y de manera especial en aquel que está ocultamente presente en el dolor y sostiene y apoya al hombre en los momentos de extremo peligro, de máximo absurdo, anonadamiento, abandono, soledad y vacío.

Según esta concepción nos es posible comprender que Dios está comprometido con el sufrimiento y el dolor, que es solidario con el hombre ante el dolor, es más que sufre con el que sufre, porque es Padre que no solamente es Dios de los fuertes, de los sanos y de los triunfadores, sino que es un Dios de los débiles, sufrientes y abatidos Según Hans Küng es <<el Padre de los perdidos>> un Dios cercano al hombre de incomprensible bondad, generoso y magnánimo que sigue al hombre a través de la historia y dentro de la oscuridad inutilidad y sin sentido de la vida, lo invita al riesgo de la esperanza, sale misericordiosamente al encuentro aun cuando el hombre esté alejado de él. (Küng, 1977:552),

En la pasión y en la resurrección se confirma que Dios realmente es un “Dios con Nosotros”, que no castiga, sino que es paciente y da su gracia incluso a quien no la merece; que da sin envidia y nunca decepciona; que no exige amor, sino que lo regala. La cruz es la prueba de ello, porque no solo es sacrificio sino donación de amor mutuo, un amor no afectivo o sentimental, sino de existencia para el otro. Este amor es el que preserva al cristiano de todo peligro porque nada lo puede separar del amor de Dios presente en Cristo.

“El amor de Dios no protege de todo sufrimiento, pero protege en todos los sufrimientos” (Küng, 1977: 554), y el cristiano convencido de ello espera su reino escatológico, donde “Dios en persona estará con ellos, será su Dios. Y enjugará las lágrimas de sus ojos, ya no habrá más muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas porque el mundo viejo ha pasado” (Ap 21, 4).

2.2. La muerte de Jesús como muerte de Dios

Como sabemos, por la encarnación el Verbo de Dios se hace semejante a nosotros menos en el pecado, por tanto también se hizo semejante a nosotros en la muerte. Pero si la muerte es consecuencia del pecado o manifestación del pecado, diríamos que Cristo también pecó y por eso murió; sin embargo, nadie aceptaría esta afirmación. Pues Cristo muere nuestra propia muerte, hemos dicho que la muerte es en acción, pasión y abandono de la forma corporal y apertura a una nueva relación del espíritu en el cosmos, término de una historia

biológica y consumación de la vida personal desde dentro. Pero Cristo no murió por su pecado sino que él asumió el pecado y la muerte para vencerlos y es solo en ese combate sangriento y doloroso que la liberación y redención se hace posible.

Cristo decide morir para darnos vida porque estábamos condenados a morir sin esperanza. Cristo nos devuelve la esperanza, porque nuestra redención no podía ser posible de otra manera ya que “el pecado de la criatura libre significa una ofensa infinita a Dios, que no puede ser reparada por la satisfacción de una criatura, en cuanto la ofensa se mide por la dignidad del ofendido, mientras que la importancia moral de una satisfacción se mide por la dignidad del que satisface y no por la del ofendido” (Rahner, 1965: 66).

En este sentido el pecado de la criatura siempre tendrá un valor negativo infinito, y los actos satisfactorios siempre tendrán un valor positivo finito. De esta manera solo el verbo de Dios en cuanto Dios es capaz de presentar la satisfacción que al hombre correspondía por sus pecados, y es así, como Dios puede salvar la culpa de los hombres y devolverles la gracia.

En la muerte de Cristo, se nos abre una nueva dimensión histórica que trasciende nuestro entendimiento, esta muerte es victoriosa sobre todo mal, salvadora y esperanzadora. La muerte de Cristo da sentido a la muerte humana ya que nos lleva a una relación más interpersonal con Dios y frente al sin sentido debemos hacer nuestra opción por re-encontrarnos con nuestro Padre.

La Muerte de Jesús es distinta a las demás muertes, pero a su vez igual históricamente, es diferente ya siendo el *Logos* nos abre a la esperanza, es el camino de esperanza: “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí.”(Jn14, 6). La muerte de Cristo es respuesta a la humanidad que no encuentra sentido a su muerte, es decir “estamos hechos para un destino más allá de este”, somos los cristianos que vivimos con “sentido para el bien”, dejado en la promesa de la vida eterna, a la cual vamos caminando de la mano de la Iglesia con sus enseñanzas y la convivencia de nuestra comunidad reunida en torno al misterio pascual.

La muerte que destruye a una muerte “sin sentido” se convierte en una victoria para la humanidad, supera la idea de muerte sin sentido. Porque el hombre vive y debe ser liberado del temor a la muerte, (Cfr. Heb 2,15), se debe liberar al hombre de la muerte como “derrota”, así lo sintieron los apóstoles: Los discípulos vuelven a sus casas, conversando de que su esperanza ha muerto y que no hay sentido. No queda sino el vacío de su desilusión.

Sin embargo para nosotros es todo lo contrario sabemos que hay esperanza, la muerte de Cristo es triunfo; por tanto nosotros debemos esperar convencidos, ya que la esperanza se enciende como la lumbre de las cenizas para crear de nuevo el fuego, es decir, sabemos que Cristo resucitó y nos resucitará. (Cfr. Lc 24,13-36)

La esperanza cristiana es alimentada por la acción salvadora de la muerte en la cruz, mantener la esperanza en Cristo, nos invita a no perder nada del valor de nuestra propia existencia, porque en la donación de Cristo está nuestra salvación como Vida eterna. “Jesús llama a la vida, pero una vida que triunfa allí donde sucumbe todas las ideologías y especulaciones humanas (...) esto tiene un sentido sólo si es asumido delante de Dios, en el amor y en la esperanza que van más allá de la muerte.” (**Mysterium Salutis**).

Finalmente, Cristo que muere, aniquiló la muerte como “vacío existencial, el evangelio narra su victoria. La muerte ya no es señora en su propia casa porque Cristo es el primero a quien la muerte no pudo envolver ni retener. Cristo muere salvando y refleja el paso de lo trágico a lo esperanzador. Naturalmente la muerte es el destino universal para todo hombre, pero la muerte de Cristo en la cruz, ilumina en el único acto que revela amor misericordioso y gratuito para con los pecadores de antes, de hoy, y de siempre. Crucificamos a Cristo en cuanto no nos separemos del mal y en cuanto no perseveremos en obedecer las leyes de Dios Padre.

La muerte en la persona de Cristo es: “Muerte Redentora y designio de Salvación.” (CEC, cap II, art. 4, numeral 2). La misma que en su suceder histórico irrumpe con el esquema conocido de muerte, y toma una nueva dimensión que abre al hombre hacia un peregrinar de felicidad alimentado del amor que libera sin ningún interés. Todos tenemos

mucho sufrimiento, miedo, angustia a la muerte pero somos invitados a morir con Cristo, asumiendo su cruz como nuestra porque el asume nuestra cruz como suya.

Mostremos nuestra esperanza con él, por él, y en él, Dios nos muestra su amor misericordioso (opción radical), que junto a su Hijo hacen por nuestra humanidad, y que el Espíritu Santo nos deja entender. “Llevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo”. (Cfr. Gal 6,2)

2.2.1. Concepción de Jesús sobre su propia muerte y la significación de la cristiandad primitiva.

Para comprender la muerte de Jesús como culmen del plan de salvación de Dios, debemos partir del presupuesto que aquel final ya había sido anunciado desde antiguo por los profetas, él mismo reclama para sí un rango divino (Mc 14, 62), se muestra con poder para perdonar los pecados, (Mc 2, 10) y demuestra su poder y su misión con milagros (Mc 1, 31; 4, 41); y enviado como exorcista (Mc 1, 7; 3, 23).

Esto hace pensar que Jesús se habría identificado con el Siervo sufriente de Yahvé (Is 52,13-53,12). En cuanto el Mesías descrito en este pasaje lleva sobre Sí mismo voluntariamente los pecados del pueblo. «Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados» (v. 5). Después de un juicio inicuo, «fue arrebatado de la tierra de los vivientes y herido de muerte por el pecado de su pueblo» (v. 8). Por haber ofrecido su vida en sacrificio, «verá descendencia que prolongará sus días, y el deseo de Yahvé prosperará en sus manos... Le daré por parte suya muchedumbres y repartirá despojos con los poderosos, por haberse entregado a la muerte y haber sido contado entre los malhechores» (v. 10.12).

En la Interpretación de Marcos, el Mesianismo de Jesús es un fracaso que termina en la Cruz con la queja que eleva al que lo había reconocido como hijo amado “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” (15, 34). Con esto finaliza el drama de su vida, incomprendido, calumniado, escupido, ultrajado y finalmente muerto como un criminal. Para Marcos la vida de Jesús es terrible, ese tono violento del bautismo, donde se rasga el cielo, persiste al final, para mostrar que el rescate de Dios por los hombres no es tan solo

una historia de amor con un final feliz, sino un sacrificio doloroso, esa será la dimensión del amor que Marcos nos proporciona.

De este modo, el Jesús que Marcos nos dibuja es: la de un hombre, enviado de Dios y con una gran fuerza de voluntad para llevar a cabo una misión que Dios le había encomendado. De su persona y de su misión dan testimonio Dios mismo, los demonios y los hombres, pero al mismo tiempo era incomprendido incluso por sus mismo discípulos.

Así, Marcos muestra como imagen de Jesús, la imagen del siervo sufriente de Isaías que es destrozado y humillado por amor. En definitiva el Jesús de Marcos es el hombre que venía de Dios, es el hijo de Dios que tiene que recorrer el camino del siervo. Es incomprendido por los hombres, aún por los discípulos más fieles, rechazado por los jefes del pueblo judío. Es demasiado humilde, aún con los poderes sobrenaturales que tiene, prefiere permanecer oculto. Es un Mesías de tipo diferente. Es el Hijo amado muerto por los viñadores, pero pasa a ser piedra angular (12,1-11). Es el hijo de Dios, pero no es reconocido como tal, sino después de la pascua, ahí se revela plenamente su gloria. Es aquél que tiene poder para perdonar los pecados (2,10) y es Señor del sábado (2,28). Humillado y condenado por los hombres, pero ha sido acogido por Dios y resucitado.

En contradicción con la pretensión mesiánica de Jesús encontramos el humilde mesianismo de Jesús o mejor, el secreto mesiánico. Marcos lo presenta como un hombre que prefiere el anonimato. Ha sido reconocido como hijo por el Padre en el Bautismo (Mc 1, 11) en la transfiguración (Mc 9, 7); por los demonios (Mc 1, 24; 3, 11; 5, 7) y por los hombres (15, 39), no obstante pide que se mantenga el secreto de su identidad.

Este hecho nos lleva a pensar que el secreto Mesiánico, era una mezcla de pretensión e incertidumbre. En nuestra concepción Jesús mismo estaba confundido por las señales que venían de Dios, de los hombres, de sus acciones, incluso de los mismos demonios y el secreto mesiánico era el resultado de esa inseguridad. Sabía incluso que iba morir pero más certeza había en que Dios, su Padre, no lo abandonaría.

Afirmamos nuestra concepción con la confesión de Jesús sobre el desconocimiento del tiempo y la hora del fin del mundo (Mc 13, 32; Mt 24, 36), por tanto el lenguaje de los

signos de los tiempos que se pone en boca de Jesús tiene una característica específica a diferencia de lo que ocurre con las apocalípticas, no es posible concebir a partir de los dichos de Jesús una periodización sucesiva de la historia o de los tiempos humanos que nos lleva a etapas hacia el final del mundo, mostrándonos lo que debería de hacerse en cada época. Esta confesión nos parece que al igual que el secreto mesiánico, puede ser un recurso literario de la comunidad cristiana para mantener alerta a los nuevos conversos.

En realidad, si analizamos las figuras mesiánicas históricas de Jesús y los títulos mesiánicos no tendremos la plena certeza de si verdaderamente Jesús mismo se habría identificado con ellos o de si sus seguidores lo habrían señalado como tal; Por lo menos no encontramos la certeza de que estos títulos se le hayan atribuido durante su vida histórica. Esto por el argumento citado anteriormente sobre la interpretación de los textos por la comunidad cristiana con la finalidad de afianzar la fe de los nuevos cristianos.

Veamos brevemente estas figuras, al menos las que más aparecen en los Evangelios: la de Profeta escatológico, la de Mesías davídico y la de Hijo de hombre apocalíptico.

Según Christian Duquoc y Según el pasaje de Marcos antes citado, algunos contemporáneos de Jesús no dudaron en identificarlo con el último profeta (Dt 18, 18), es decir, quien debía inaugurar el reino de Dios, pero ellos sabían la función de este profeta que se describe en la promesa davídica y al parecer Jesús la acepta; porque aceptar ser profeta es hacer ejercer a Dios una función precisa y Jesús la imponía con su práctica. (Cfr. Duquoc, 1985: 142-144.)

Pero Jesús no habría aceptado la función de Mesías Davídico (Is 11, 1-9), porque existían al menos dos interpretaciones: la de un mesías nacional, que debía inaugurar la dinastía davídica y esto implicaba una lucha armada para la instauración del Reino esperado, claro, en el fiel cumplimiento de la ley. La segunda interpretación es la del mesianismo davídico no político, con rasgos místicos y cósmico, influido por la idea de profeta escatológico impulsada por el segundo Isaías (42, 1-9), el mismo que pondría fin a la opresión del pueblo de una manera casi mágica.

Finalmente tenemos la figura de Hijo del Hombre que aparece con más frecuencia en los Evangelios y como auto-nominación de Jesús (Mc 8,38; Lc 9, 26; Mt 16,27; Mc 9, 1; Lc 9, 27; Mt 16; 28; Mc 14, 62; Mt 26,64; Lc 22,69; Mt 25,31- 46; Mt 19,28; Lc 12,30; Mt 23,37-39; Lc 13,34; Mt 10,23) y es de representación Apocalíptica igual a la figura de Dn 7, 13ss que instauraría el Reino de Dios tan solo con su presencia y transformando inmediatamente la realidad.

Para contrastar, ahora veamos las tres profecías en que Jesús habla de su futura muerte. La primera vez que Jesús habló de su muerte fue después de la confesión de Pedro. (Mt 16, 15-17). Después de la transfiguración, Jesús manda a los testigos que no cuenten a nadie lo sucedido «hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos» (Mc 9,9; cfr. Mt 17,9); hecho que Marcos lo presenta como un hecho histórico, cuando seguidamente añade: “Ellos observaron esta recomendación, discutiendo entre sí qué era eso de resucitar de entre los muertos” (Mc 9,10). La segunda ocasión en la que anunció su muerte sucedió, caminando por Galilea durante el último viaje a Jerusalén, Jesús habla nuevamente de su muerte. La reacción de los discípulos fue registrada por los tres sinópticos, cada uno a su modo. Y así leemos: “Se entristecieron mucho” (Mt 17,23). “Ellos no entendían lo que les decía y tenían miedo a preguntarle” (Mc 9,32). Lucas, en este caso concreto, se sitúa más cercano a los hechos originales. Da la versión más vaga e imprecisa del hecho, diciendo sencillamente: “El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres” (Lc 9,44), lo cual constituye de por sí una garantía de historicidad. E insiste con gran fuerza en que los discípulos no entendían el anuncio hecho por el Maestro. “Pero ellos, dice, no entendían esto; les estaba velado” (Lc 9,45).

Por último, los tres sinópticos dan cuenta de un posterior anuncio, cuando estaban ya cerca de Jerusalén, es decir, a sólo unos pocos días de la muerte. San Mateo y San Marcos refieren las palabras de Jesús sin añadir por su cuenta ninguna observación. Pero San Lucas insiste de nuevo en la incompreensión de los discípulos. “Ellos nada de esto comprendieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que había dicho” (Lc 18,34). No hay el más mínimo fundamento para pensar que la comunidad primitiva inventó por razones teológicas todos estos episodios. Los augurios de la muerte son históricos.

Estas profecías de Jesús respecto a su muerte nos hacen pensar que tenía presente su destino y el final de su vida, por el mismo hecho de su actuación desafiante contra los poderes del imperio y la casta religiosa; Sin embargo, esto no prueba de ningún modo, que Jesús se habría considerado el Salvador, el Mesías esperado. Quizá tenía cierta corazonada por las señales que había visto realizarse en él y por su cercanía con Dios en la oración lo que le habría llevado a pronunciar palabra o frases como: «esta es mi sangre de la alianza, que va a ser derramada por muchos» (Mc 14,24) que según J. Jeremías (2011) son históricas y consideradas como la “*ipissima verba Iesus*”.

Pero no existe certeza de su concepción mesiánica a lo largo de su vida, por la contradicción que señalamos más arriba, la pretensión mesiánica y el secreto mesiánico; lo más probable es que todo cuanto leemos en los evangelios como su autoconcepción mesiánica son los dichos y hechos de Jesús a la luz de las profecías contenidas en el antiguo testamento, y así que la concepción mesiánica de Jesús es pos pascual.

2.3. El acontecimiento muerte y resurrección de Cristo y las repercusiones para la Humanidad.

Ya hemos indicado que es Dios mismo dentro de su Plan de Salvación nos envía a su Hijo, Jesús, para que por medio de Él, se llevara a cabo el plan de salvación que había ideado desde el principio. La muerte de Cristo en la cruz representa el resultado del orgullo egoísta del hombre, que injustamente condenó a un justo y Él acepto como consecuencia de lo que había profesado y por amor a Dios y a los hombres se entregó hasta la muerte en Cruz. Y está claro saber que no somos salvados por el madero sino por el acto de morir en el madero. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en crea él no se pierda, más tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Cfr. Jn 3,16–17).

En esta perspectiva, nos interesa ver la importancia del acontecimiento de la muerte de Jesús en la cruz, desde el testimonio de fe de los creyentes y escritores, para poder

reconocer la acción salvadora de Cristo, cumpliendo su vida, misión, visión del Reino para todos, y su voluntad libre y propia. Es decir las repercusiones de este acontecimiento para la humanidad.

No se trata tan solo que Dios quiso intervenir en su creación, sino que la salvación con la muerte es un acto que manifiesta el sentido último y definitivo de la vida y la muerte. Jesús al encarnarse se hace "en todo semejante a nosotros menos en el pecado" (Cfr. Heb 4,15). Esta condición de hombre necesariamente le conduce a la muerte, aunque no se esperaba que fuera una muerte de cruz. El acontecimiento de la muerte y resurrección de Jesús constituyen un solo acontecimiento en cuanto el uno lleva al otro. En esta perspectiva es comprensible que aquel que moría abandonado por sus amigos, e incluso al parecer por Dios mismo, sea reconocido como el Mesías en la Cruz.

¡Verdaderamente este era el hijo de Dios!"(Mc15,39), lo cual equivale a decir indirectamente, en estilo narrativo , y apelando al simbolismo, lo mismo que proclama Ef. 2,16.18: <<Los reconcilió con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad... Gracias a él, unos y otros, por un mismo espíritu, tenemos accesos al Padre>> Gourgues, 1990: 17).

En este mismo contexto sabemos que la crucifixión de Cristo, no solo pasa como hecho histórico sino que los motivos son garantes de esta muerte por la humanidad, Así lo interpretan grandes autores. Por ejemplo: para Moltmann no sólo es un sancionador de la ideología llamada dominante, sino su contestatario, sedicioso y abandonado; para Pannenberg, es un Blasfemo; para Hans Küng es el contestatario de los poderes religiosos y políticos de su tiempo. No obstante, todo con sentido y direccionado al Padre, por eso es que su muerte es asumida como cumplimiento de un mandato divino, y condición de acceso para salvar al hombre de la muerte "sin sentido".

Al parecer, Jesús miró su muerte ligada a su misión de servicio, que consistía en anunciar y promover el Reino de Dios a favor de la humanidad, por ende se entrega a la muerte como un acto de donación libre, voluntaria, y oblativa que revela la voluntad de Dios. El amor incondicional al otro, aunque ese otro sea enemigo, y así solo el amor más radical lo puede hacer.

Jesús murió por alguien más que por algo. Lo que da sentido a su muerte, como lo que hizo con los pobres y necesitados dio sentido a su vida, es una relación con las personas, la relación de servicio con Dios y de solidaridad con los hombres, para dar cuenta de esta significación él se hace fiel servidor de la voluntad del Padre con especial amor filial, y un amor radical a la humanidad. Pero todo esto no significa que solo cumpla una voluntad divina sino que su amor lo lleva a traspasar la lógica humana. “Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Flp 2,8).

Esto ya es un acto muy llevado a un nivel casi incomprensible para nosotros, el vivir para Dios y para los demás, y por esto su muerte es un acontecimiento que trasciende lo humano. Por otra parte la muerte de Cristo fue interpretada como acontecimiento de salvación: el Mesías murió por nuestros pecados, como lo anuncian las escrituras, proclama el credo antiguo de 1Cor 15.3-4. (Cfr. Gourgues, 1990: 8). Diversos testimonios ratifican en la Escritura directamente al acontecimiento de la pasión y muerte de Cristo por amor y con un fin, uno de ellos son: Que el Centurión que lo crucificaba era un pagano, y dijo de Cristo: “verdaderamente este hombre era hijo de Dios”.

Pero este acontecimiento, es coherente con la radicalidad de vida con la que vivió, fue su opción preferencial por los pobres, enfermos, relegados sociales que lo llevo a emprender un plan de acción que lo llevó a la muerte. (Cfr.Gál2, 20; Ef 5,2.25). Este misterio de amor se ve empapado del mal y sufrimiento en la pasión, pero que nos trae para los cristianos de todos los tiempos ejemplo y memorial permanente. (Cfr.1P 2,20-24).

2.3.1. La resurrección de Jesús y su aparición como el Cristo

El acontecimiento de la resurrección de Jesús es clave para entender su muerte sin él la muerte de Jesús no hubiera trascendido. Pero este acontecimiento ha ocupado un gran espacio en la reflexión cristológica y se han analizado las pruebas de la resurrección. En primera instancia está la tumba vacía, aunque este hecho no es una prueba contundente de la resurrección, es el punto de partida para la reflexión.

Si los relatos de aparición no son históricos, entonces, son relatos que están sometidos a diversas y múltiples explicaciones. El cuerpo ha sido robado; y por eso, suscita una sospecha alterada en Pedro. La tumba vacía es un acontecimiento que para mucho no dice nada. Pero para los discípulos dice mucho. Es por el signo de la tumba vacía que los discípulos son preparados para asimilar la resurrección.

La tumba vacía a la luz de la Escrituras constituye un signo hablante de la resurrección. Es un signo de que la historia está totalmente abierta. Dios ha hecho su inserción en la historia humana y la ha redimido. Por eso anunciar la Resurrección de Jesús es topar el corazón mismo de lo que nos hace seres humanos. No existe una experiencia que se le pueda comparar con la resurrección. Sólo tenemos el grito de trascendencia que nace de nuestra esencia humana.

Otra prueba son las distintas apariciones de Jesús: inicialmente a las mujeres, luego a sus discípulos. Jesús fue visto, fue tocado, comió, bebió y habló con ellos. Pero sobre todo es gracias a la fe de los discípulos que reconocen al resucitado. La fe está por encima de la pura percepción sensorial. Es fantástica la comunicación de un cuerpo glorioso con su cuerpo no resucitado. La iniciativa de Jesús atraviesa todos los sentidos corporales.

Las apariciones sólo terminan con un envío o misión. “Vayan, pues, a las gentes de toda las naciones, y háganlas mis discípulos; bautícelas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Por mi parte, yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.” (Mt 28, 19 – 20). Y con una promesa. “Y sopló sobre ellos, y les dijo: Reciban el Espíritu Santo. A quienes ustedes perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a quienes no se los perdonen, les quedarán sin perdonar.” (Jn 20, 22 – 23). “Y yo enviaré sobre ustedes lo que mi Padre prometió. Pero ustedes quédense aquí, en la ciudad de Jerusalén, hasta que reciban el poder que viene del cielo.” (Lc 24, 49).

Todo esto muestra lo que la resurrección produce en el seno de la comunidad cristiana, y en el interior de la vida de los discípulos. La resurrección es la condición de posibilidad para que los discípulos pasen a ser apóstoles. La resurrección posibilita a la Iglesia para que sea apostólica.

Epistemológicamente, la resurrección de Jesús es un acontecimiento único. La resurrección hace explotar todas las categorías que posee el ser humano. Por tanto, la resurrección de Jesús es inaccesible al conocimiento humano e histórico.

Decimos que es no-histórico porque la realidad de la resurrección no puede ser sometida al estudio crítico y científico de la ciencia moderna y de la historia como ciencia. La historia define todo aquello que acontece o sucede en el interior de las categorías espacio-temporales. La resurrección es un acontecimiento que escapa al espacio y al tiempo. Va más allá del tiempo. Sin embargo, decimos que la resurrección es histórica, en cuanto, es un hecho o un acontecimiento real. Y de eso hay testigos que han dado su propia vida por detener lo que estamos diciendo.

Resurrección es justamente un hecho real acontecido en la persona de Jesús de Nazaret. Un hecho que afectó a un hombre que comparte nuestra historia. La resurrección tiene, por lo tanto, un lugar (espacio) y una fecha (tiempo) en la historia y es: el jardín, en la mañana de pascua.

La resurrección ha dejado una huella en la historia de la humanidad. Y de esta huella son testigos los apóstoles y lo testifica ahora todo el Cristianismo. La resurrección ha sido considerada por el catolicismo desde el orden del *signo*, y sin una coordenada o dimensión histórica.

Los signos de la resurrección no son pruebas, sino los Signos que pueden ser significantes para aquel que cree. Cuando rezamos que Jesús ha resucitado de entre los muertos, de ninguna, manera estamos haciendo una afirmación a modo de contestación científica. Solamente estamos diciendo que es la expresión de un acto de fe “razonable”. Por eso que, el resucitado se aparece en primer lugar -sólo y exclusivamente- a sus discípulos. Y la aparición que tuvo Pablo es en cuanto que su existencia necesitaba ser cambiada.

Creer en la resurrección de Jesús no es el resultado de una argumentación lógica y científica. Es más bien, el fruto de un acto de fe que tiene una larga preparación en el

Antiguo Testamento, y que está respaldado por todo el peso de la existencia de Jesús de Nazaret. Entonces, podemos testificar que la resurrección no puede ser calificada como una ilusión, o una quimera, o un fraude, o una mentira. Una vez más, afirmamos que la manera de vivir y de morir de Jesús no puede morir. Y el acto de reconocimiento del Centurión al pie de la cruz es el reconocimiento de toda una multitud pagana: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.” (Mc 15, 39b).

Si la resurrección es también signo discernido por la fe, también es un signo que exige la conversión de la libertad de quien cree. Ejemplo, los relatos de aparición nos hablan de un proceso de conversión que va desde la dispersión en la noche del jueves santo hasta la reagrupación de los seguidores de Jesús alrededor del Resucitado. Dicha dispersión y reagrupación tienen el mismo lugar, es decir, en el cenáculo.

Es porque hay el testimonio de una tumba vacía, de las mujeres, de Pedro y los demás discípulos, lo mismo que los discípulos camino a Emaús, más el testimonio de Pablo quien afirma que después de aparecerse a los 12 “Luego se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales viven aún, pero algunos ya murieron” (1Cor 15, 6) que tanto la vida como la muerte de Jesús trascienden, porque entonces inmediatamente se identifica a Jesús de la Historia con el Cristo de la Fe. Son todos estos acontecimientos juntos más la vivencia de la experiencia con el resucitado que prueban la resurrección, no científicamente, pero si a la luz de la fe, se puede confirmar que realmente Jesús resucitó de entre los muertos, tal como lo había anunciado. Por ende su muerte no es contada como una más, sino que es la muerte que vence a la muerte y con ello existe la posibilidad de una nueva vida agraciada y eterna al lado de Dios.

Al resucitar Jesús se convierte en el Cristo y en el Mesías esperado cumpliendo así todas las promesas del antiguo testamento. “saldrá un vástago del tronco de Jesé y un retoño de sus raíces brotará” (Is 11, 1-9); <<He aquí que viene a ti tu rey, Justo y victorioso, humilde y montado en un asno [...] Él suprimirá los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén; será suprimido el arco de combate, y él proclamará la paz a las naciones. Su dominio irá de mar a mar y desde el Gran Río hasta los confines de la Tierra>>. <<De las espadas se forjarán arados y de las lanzas podaderas. No blandirá más

la espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra. Se sentará cada cual bajo su higuera sin que nadie lo inquiete...>> (Miq 4,1-4) “Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron.” Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás. (Dn 7 13ss). En definitiva este Mesías es el mismo “siervo sufriente” (Isaías 7, 10; 9,1-6; 11,1- 9 y 42, 1-9).

Al resucitar Jesús, se convierte en este Mesías Davídico, en el Siervo sufriente de Isaías o el profeta escatológico de Daniel. En el Hijo del hombre, es el culmen del plan de salvación Dios, es el vencedor de la muerte y del pecado, cuyo reconocimiento como tal nos hace verdaderamente cristianos y “Ser cristiano, es vivir activamente la memoria del resucitado”. (Küng , 1977: 453). Ser cristiano significa vivir, obrar, sufrir y morir como verdadero Hombre siguiendo a *Cristo* en este mundo de hoy: sostenido por Dios y presto a ayudar a los Hombres en la dicha como en la desgracia, en la vida como en la muerte. ”(Küng, 1977)..

CAPÍTULO III

LA MUERTE DE JESÚS, PASO DE LO TERRIBLE A LO CELEBRATIVO.

Cuando la primera cristiandad fue testigo de los acontecimientos de la condena, pasión y muerte de Jesús, aquél que había dado muestras de ser el enviado de Dios para liberar a Israel de la opresión, termina muerto en una cruz, decepcionando a quienes había confiado en él, así lo manifiestan los discípulos de Emaús.

« (...) fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». (Lc 24, 19-24).

Esta es la razón, por la que se marchaban entristecidos y decepcionados, ya pasados los tres días y no había resucitado. Pero entonces, el Resucitado le increpa « ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. (Lc 24, 26-27).

La primera cristiandad, empieza a recordar todo cuanto su maestro había enseñado. De este modo empezaron a releer las escrituras a la luz de la Pascua de Jesús y vieron como fácilmente encajaban y se cumplían las profecías en la persona del Resucitado.

Así se elabora todo un discurso para acrecentar la fe en el Resucitado, pues no había duda que Jesús fuera el Cristo y se empieza a predicar como Pedro el día de pentecostés.

"Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de iníquos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella." (Hch 2. 22-25. 27).

Y ante la pregunta ¿Qué hemos de hacer, hermanos? (Hch 2, 37), la respuesta es "Conviértanse y bautícense en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibirán el don del Espíritu Santo" (Hch 2, 38).

De este modo empieza el Kerigma cristiano, para ello se debe procurar una configuración con Jesús el Cristo, se debe hacer lo que él hizo, imitarlo y poner en práctica sus enseñanzas. Así se empieza a elaborar una doctrina cristiana, producto de la práctica cristiana y con el objetivo de perpetuar aquella enseñanza.

En esta perspectiva, lo terrible de su muerte empieza a verse a la luz de la Resurrección como un acontecimiento grandioso y glorioso, es el acontecimiento donde la muerte, según Pablo, el último enemigo del hombre, es vencido, a partir del cual toda muerte adquiere sentido, porque "los que mueren con Cristo resucitarán con él" dirá Pablo. (Ts 4, 16)

Entonces el acontecimiento horrible de la muerte de Cristo es motivo de alegría y celebración, porque es el acontecimiento que reconcilia al hombre con Dios, proporcionándole la salvación eterna, de este modo se convierte en motivo de alegría para los cristianos.

El acontecimiento de la pasión, muerte y resurrección de Jesús es el punto clave para entender los relatos evangélicos, no hay duda que fueron lo primero que se escribió sobre Jesús en el Nuevo testamento (Legassé, 2000). Posteriormente, se escribieron los demás relatos como celebración de la Cena, como el Bautismo y los milagros.

Una vez elaborados los evangelios, prácticamente se tuvo toda la doctrina cristiana, lo que viene después en los primeros siglos de la cristiandad y en los siete concilios ecuménicos son interpretaciones filosófico- teológicas, cristológicas, entre otras.

De este modo, gracias a la relectura de la vida de Jesús a la luz de la Pascua es que se puede pasar de lo terrible del acontecimiento de su muerte a la celebración del mismo. Es porque existen algunos elementos definitivos, en su muerte como sacrificio, donación gratuita, como acto de amor, gracias al cual la historia del hombre cambia radicalmente pasando de una vida de esclavitud y de pecado a una vida de gracia y libertad. Solo cuando se comprende que en la Cruz se juega la salvación definitiva del hombre y se abre la posibilidad de reconciliación absoluta, es que se vuelve motivo de alegría y de celebración.

Es que la muerte de Jesús no es un acontecimiento aislado, sino un acontecimiento trascendente que reconcilia al hombre con Dios, desde Adán hasta el último hombre sobre la tierra es por eso que el sábado de resurrección cantamos y tiene sentido cantar en el pregón pascuan “Bendita culpa que nos ha merecido tan grande redentor”. Es que ante Cristo, hasta la más horrible de las culpas deja de serlo y se convierte en bendita.

3.1. La muerte del cristiano como el “con morir con Cristo”

Según la primera carta a los corintios en el capítulo 15, Cristo murió por todos y quienes comparten con él la muerte, participaran también con él de la resurrección, por eso todo la muerte ya no es tan temible, sino más bien una alegría para los Cristianos, porque a través de ella podrán ver en su plenitud el rostro de Dios.

Por esta razón, el cristiano no debe ver a la muerte como pecado o consecuencia del pecado, sino como un puente que le conduce a Dios, además la muerte ha sido dignificada por Cristo, él le da otro sentido a pesar que la muerte de Cristo también fue terrible; sin embargo nos enseña que no es un acontecimiento que inspira miedo, sino, todo lo contrario porque este ya ha sido vencido por el amor y la obediencia a Dios.

Para hablar de la muerte del hombre como un “con morir con Cristo” es necesario volver sobre la muerte de Cristo, ahora sabiendo que Jesús es el Cristo y no como antes la vimos únicamente como la muerte del Jesús de la historia.

3.1.1. De la muerte de Cristo a la muerte del cristiano (Sacramento de unidad)

Mencionábamos con anterioridad a la luz de la Pascua el Jesús de la Historia se convierte en el Cristo de la Fe, en esta dimensión es que se puede afirmar “Hemos sido redimidos por la sangre de Cristo, liberados y rescatados por el cuerpo del señor” esta afirmación recalca que la acción redentora fue un sacrificio cruento en sentido ritual, que supone necesariamente la muerte de la víctima” (Rahner, 1965: 68). Cristo es víctima porque no es culpable deja de ser un sacrificio ritual y se convierte en ofrenda de amor. (Sobre el tema volveremos más adelante).

Ahora bien, siendo que Cristo es Dios, él podía salvarnos con cualquier otra acción que también implicaría amor y obediencia al Padre y no necesariamente con la muerte en cruz; no obstante, la acción redentora de Cristo está relacionada más con la paciencia y la obediencia con que acepta el dolor, que con la muerte misma.

La unidad de la muerte de Cristo y del Cristiano está en que Cristo pasa la muerte con la gracia que tiene por derecho, mientras nosotros por la gracia suya, lo cual no quita la interna semejanza entre su muerte y nuestra muerte, pues también la suya es obediencia y amor, “La obediencia de Cristo es redención porque es muerte y su muerte obra nuestra salvación porque es obediencia”. (Rahner, 1965: 69).

Cristo, en la encarnación al asumir la condición humana, la asumió en toda su amplitud lo que le llevó a tener una muerte como tal. Así, lo confesamos en el credo de Fe “descendió a los infiernos y al tercer día resucitó” Por eso según Rahner “El descenso de Cristo a los infiernos, significa que la realidad humana de Cristo con la muerte adquiere una relación más abierta real y ontológica con el todo del mundo, según esta concepción tiene sentido lo que San Pablo menciona que tanto la muerte de Cristo como su resurrección salvan.” (Rahner, 1965: 72).

Sólo en esta visión de la asunción de la muerte podemos afirmar que “la muerte no es solo la manifestación del pecado, es también nuestro con morir con Cristo” (Rahner, 1965: 63). Es la apropiación de su muerte redentora en la misma que nos hacemos semejantes a él y he ahí el sacramento de unidad entre Su muerte y nuestra muerte y es solo

en esta dimensión que el martirio tiene sentido, porque se muere con Cristo para resucitar gloriosos con Él.

3.2. La muerte de Cristo como Sacrificio que pone fin a todos los sacrificios.

Durante muchos siglos se ha interpretado a la muerte de Cristo como un sacrificio incita a preguntarse: ¿Es posible considerar la muerte de Cristo como un sacrificio victimal, a la misma categoría del sacrificio de las otras religiones?

Respondamos, la muerte de Cristo es un sacrificio, pero no de la misma categoría que tienen los sacrificios en otras religiones, que escogían su víctima, la acusaban y luego la sacrificaban en favor de las culpas de todo el pueblo. Esa víctima mientras saciaba la conciencia de culpabilidad de la comunidad y supuestamente reconciliaba, desencadenaba más violencia, por que la víctima no quería morir y moría maldiciendo a sus verdugos, despertando una sed de venganza de parte de sus familiares.

Por el contrario Cristo muere: perdonando a sus verdugos, el mismo se ofrece, no como víctima sino como una ofrenda de amor. Cristo no es un sacrificio cultural, sino un don de sí mismo y es por eso, rompe la lógica del sacrificio de todas las religiones. Sin embargo, alguien podrá decir: Cuando condenaron a Jesús el sumo sacerdote aconsejó al pueblo “Conviene que muera un solo hombre por el pueblo” (Jn 18, 14) por tanto Jesús sí es una víctima sacrificial. Es evidente que para los judíos, Jesús indudablemente era una víctima sacrificada para que se calmen los ánimos violentos del pueblo, incluso para la Iglesia como lo mencionaba al inicio, ha considerado la muerte de Cristo como un sacrificio.

Pero en palabras de Girard esa visión ha sido posible por la lectura sacrificial del Evangelio, he ahí entonces la importancia de contrarrestar esa lectura equívoca del Evangelio, con “la lectura no sacrificial que el mismo Evangelio combate” (Girard, 1982:212).

En este sentido “el asesinato Fundador” no es un sacrificio del orden de las religiones, sino, una víctima que contrarresta todos los sacrificios. La muerte de Jesús es la mejor demostración que su predicación en contra de la violencia no ha sido vacía, ya que se consuma en su asesinato violento que a su vez pone fin a toda violencia. Su estilo de vida mismo es contrario a la violencia, su obra y su palabra no caen en el mimetismo que crea la violencia, porque Él imita a Dios que es Amor.

Jesús antes de morir invita a todos a romper con la violencia que nos atormenta. “invita a salir de la violencia renunciando a la retribución y aceptando el Reino de Dios, Reino de amor que sustituye a los entredichos y a los rituales, todo aquel aparato de las religiones sacrificiales” (Girard, 1982:228).

Como vemos, Jesús con su predicación, vida y muerte, nos revela el verdadero rostro de Dios. Ya que su invitación es a vivir en el Amor, “vivir en armonía, relaciones que ya no exigen sacrificios sangrientos ni fábulas absurdas de la divinidad violenta” (Girard, 1982:215). Cristo, nos muestra que Dios es ajeno a todo tipo de violencia y está deseoso de ver al ser humano renunciar a la venganza. En los evangelios podemos notar claramente que “la violencia apocalíptica no es divina, sino humana” (Girard, 1982:217). Por eso cuando los evangelios hablan de sacrificios lo hacen para descartarlos e inclusive quitarles toda validez.

Para demostrar que la violencia expuesta en los Evangelios no viene de Dios sino de los Hombres quiero citar la parábola de los Talentos (Lc 19, 11-27) en la cual se pone de manifiesto que, es el siervo malo que se hace una imagen violenta y exigente de su amo. Lo mismo pasa en la parábola de los Viñadores homicidas (Mt 13, 10-23) el discurso violento viene de los interlocutores.

En definitiva, la muerte de Cristo no es un sacrificio como el del común de las religiones, sino una ofrenda de amor en obediencia al Padre. Jesús es coherente con su predicación que la violencia no viene de Dios sino de los hombres. En el evangelio podemos notar dos discursos: el que llama a armonía “Jesús que revela a Dios” y el violento “que viene de los hombres”. Incluso los que fueran sus discípulos estaban habitados por la violencia.

La tarea de los cristianos consiste en liberar a Dios de la concepción violenta que durante siglos se le ha atribuido, para ello es necesario hacer una lectura no sacrificial del Evangelio bajo la concepción que el sacrificio fundador vence toda violencia y todo sacrificio.

3.2.1. El cristiano frente a la muerte del Otro

Es verdad que aunque a todos, de alguna manera nos preocupa la muerte, esta preocupación no nos libera del drama humano que tenemos que padecer al final de nuestra vida. Quizá en esta perspectiva ayude a enfrentar este final los sabios consejos de Epicuro y la Filosofía del buen vivir. En el sentido que “mientras vivimos la muerte aún no ha llegado y cuando ha llegado ya no somos”.

Lo cierto es que esta serenidad frente a la muerte no se logra nunca, por esta razón los filósofos del existencialismo cristiano, como Kierkegaard y Marcel, terminan confiando su existencia a Dios para que no se pierda, es porque la muerte sigue siendo un absurdo y un sin sentido.

Frente a la muerte el cristiano tiene mejores recursos para enfrentarla, puesto que “Cristo ha vencido a la muerte y de la tumba resucita victorioso”, cantamos en el pregón pascual. Sólo cuando tenemos a la vista este prototipo de muerte es que todas las muertes ya no son absurdas y vacías, sino que en la Muerte de Cristo adquiere sentido y esperanza, la Esperanza de que aquel que resucitó, que también nos resucitará con él.

No obstante, aun cuando existe la esperanza y sabemos que así como Dios algo ha hecho con nuestra vida, también algo hará con nuestra muerte, no deja de estremecernos. Este fenómeno, nos entristece aun cuando no sabemos qué es morir, porque no lo hemos experimentado, pero es el pensar en enfrentarse a lo desconocido que nos desespera.

Claro que aunque no la podemos experimentar en persona, nos la imaginamos porque tenemos cierta información experiencial de terceros. El primer acercamiento a mi propia muerte es la muerte de los otros, de nuestros seres queridos. Es porque algo de

nuestra muerte pasa por la muerte de los otros es que nos entristecemos y sentimos desfallecer. Por esta razón cuando alguien muere guardamos duelo, porque en el fondo nos duele la muerte de quien queríamos y sentimos el vacío que deja. En tal virtud nos dirigimos a quien guarda silencio, a una persona que ya no está, que ya no vive y que ya no puede responder.

En este punto entra la ética de la otredad porque la muerte que encontramos en el rostro del otro, como la no respuesta, como la sin respuesta, de una partida sin retorno, de un llegar a su fin, a la nada que se presenta como suerte de imposibilidad o como una interdicción. Es esto lo que me hace responsable frente aquel que no responde. Ya que hablamos a él pero como no responde tengo que responder por él, incluso a mí mismo, porque la correspondencia siempre llega aunque sea tarde y por otro camino.

De ahí que hay una especie de culpa del sobreviviente que no tiene falta ni deuda, pero “la muerte del otro es mi primera muerte y que yo soy responsable del otro en la medida que es mortal, soy responsable porque tengo que responder por él.” (Delirá).

La muerte del otro no es un hecho en sí, sino que tiene repercusiones en mí, cada gesto es una señal dirigida hacia mí, la muerte del otro me afecta en mi identidad como un yo responsable y frente al que ya no responde tengo una culpa de sobreviviente y no solo eso sino también una deuda que gracias a aquel que no responde podemos asumirla y superarla, aunque la deuda persista de doble forma: Primero por haber perdido a alguien que se ama y segundo porque su muerte me permite experimentar, de alguna manera, mi propia muerte o al menos acercarme a ella.

En el fondo sabemos que no todo está perdido, por eso confiados afirmamos ante quien yace tendido en su lecho “Aunque la certeza de la muerte nos entristece, nos conforta la esperanza en la resurrección” (Prefacio de difuntos). Es allí donde se recurre al último recurso que queda para hacerlo el “A Dios” que es un saludo al otro, más allá de su ser, que es como si lo confiáramos a lo que él quiso y creyó y es precisamente en este momento que nosotros estamos respondiendo por él que ya no puede responder.

3.3. La Eucaristía como sacrificio y Sacramento de Salvación.

La Eucaristía es la principal celebración de la Iglesia y el centro de la vida cristiana, en la cual se conmemora la pasión, muerte y resurrección de Cristo, como un solo acontecimiento salvífico, aunque son por lo menos tres acontecimientos, la liturgia cristiana sabiamente los ha unido en una sola celebración porque los tres acontecimientos proporcionan al cristiano la salvación definitiva.

La Eucaristía llama a la conversión y llama a la vida eterna después de la muerte, recordemos “el grano de trigo tiene que morir para nacer y dar frutos”. Y a pesar de la dureza de corazón de los hombres, Cristo deja saldada la culpa humana. Se queda para estar en nosotros por medio de la Eucaristía y al recibirlo nos hace partícipes de su naturaleza abriéndonos a la posibilidad de la salvación.

Jesucristo se dona como Sacramento de salvación en la Eucaristía, y su acto no es momentáneo es perpetuo. Él mismo quiso quedarse con los hombres en el mundo, entregando su cuerpo y en su sangre bajo las especies de pan y vino. Esta es la vocación del amor libre, radical y sin interés. Todo esto lo hizo por su amor a la humanidad y lo demuestra siempre en especial en la fiesta de la pascua antes de ser tomado prisionero.

3.3.1. Institución de la Eucaristía.

Jesucristo para continuar con la salvación humana se queda con nosotros en la Eucaristía (Cfr. Mt 26, 26-29; Mc 14,32-35; Lc 22, 14-20; 1Cor 11,20) para permitir que todos lleguemos a la vida en plenitud, esta también es causa de su “Sacrificium” es decir “ofrenda consagrada” esto es “el ser junto y en nosotros”. Al recibirlo, al comulgar, al imitarlo y al escucharlo en los evangelios, nos da Esperanza: “En verdad, en verdad os digo: el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no viene a condenación, sino que ha pasado de muerte a vida”. (Jn 5,24). Eucaristía es Sacramento que nos alimenta para morir y resucitar con Cristo, esta es su promesa: “Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna, y yo mismo lo resucitaré en el día final”. (Jn 6,40). Esta es la enseñanza directa de nuestra fe que

debe mantenerse e inculcarse desde los más pequeños y sencillos hasta cada adulto-anciano y persona instruida.

A lado del signo de su muerte salvadora, Él mismo nos anuncia que se queda con nosotros: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo también daré por la vida del mundo es mi carne (...) El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, (...) permanece en mí y yo en él”. (Jn 6,51, 54,56.). Con esto el Señor nos demuestra no solo el poder de vencer la muerte en la cruz, sino que se queda permanente con nosotros para superar toda malicia y darnos de este modo la oportunidad de estar en comunión con Él.

La Eucaristía es el signo y sacramento de la salvación, por la muerte que se convierte en: “un encuentro interpersonal de nosotros con Cristo” por su voluntad y la voluntad del Padre, manifestada en su sacrificio perenne de la muerte en la cruz. Hoy actualizamos este acto salvífico en la vivencia y experiencia de las misas, que nos prepara para recibir nuestra muerte:

Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera. (SC 47).

El sentarnos frente a la Eucaristía, es presenciar el sacrificio, que es el mismo Cristo, así se nos comunica la salvación de la cual participamos y debemos dar testimonio. Lo llamamos: “Santo Sacrificio, porque actualiza el único sacrificio de Cristo Salvador (por nuestra salvación)” (Flores, 2006:238).

Es también memorial de la misión en la que todos estamos comprometidos en anunciar al mundo la Palabra y las promesas de Dios Todopoderoso, así todos entramos a la “missio”, y por tanto como iglesia continuamos haciendo lo que Cristo hizo en la víspera de su muerte hasta su regreso glorioso.

La Eucaristía es el centro de los sacramentos, y también representa la unión de la Iglesia Universal. Es invitación de Cristo a conmemorar la muerte en la cruz como

sacrificio, para así acompañarnos en todo el proceso de nuestra vida cristiana y terrenal, es una invitación de amor que nos incita a descubrir que Jesús es vida eterna, y el poder sobre todo mal, por lo tanto tenemos que acoger en la fe este don de su Eucaristía como don de sacrificio de su muerte. Recibir eucaristía es acogerlo a Él mismo y abrir nuestro corazón a sus enseñanzas. En la misa se repiten sus mismas palabras: Hagan esto en memoria mía (Cfr. Lc 22,19); pero también es la celebración del anuncio pascual de Jesús “hasta que venga” (Cfr. 1Cor 11,26), y para nosotros Eucaristía es Cristo que se queda con su pueblo porque es: “El corazón y cumbre de la vida de la Iglesia, y todos los miembros se unen a Cristo en su sacrificio de alabanza y acción de gracias a su Padre Dios, ofrecido una vez por todas en su muerte en cruz, y actualizado en la eucaristía.” (Flores, 2006:241).

Como Sacrificio y Memorial, la Eucaristía es Cristo entregado a la muerte en Cruz que nos salva, en las misas, debemos concebir que toda muerte con su tragedia se supera entendiendo que: “Sacrificio de Cristo y Sacrificio de la Eucaristía, son, pues un único sacrificio. Es una y la misma víctima que se ofrece ahora por el misterio de los sacerdotes, que se ofreció a sí mismo entonces sobre la cruz; solo difiere la manera de ofrecer.” (Flores, 2006:245).

Actualmente, se observa que la manera del sacrificio de Cristo (que es donación) ha variado: por diversas realidades de cada país, por lo cultural, por las épocas y hasta por la forma en la que se imparten la liturgia; pero es “un solo sacrificio”. Se debe superar aquella imagen de muerte en la cruz que fue realizada con la máxima crueldad de su época. Hoy se realiza “este sacrificio” en la misa de manera benigna y pacífica: En la Eucaristía “se proclama la muerte del Señor” (1Cor 1,26) (...) Cristo está allí presente como el Señor, es decir, como el que se entregó a la muerte “por nuestros pecados, y para nosotros fue suscitado por Dios a la vida. (Schillebeeckx, 1968: 134).

En este mismo sentido, Jesucristo se entrega y se da a nosotros: “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (Jn 6,53). Pese a que busquemos o no busquemos estar con Cristo y aunque somos débiles, enfermos, desorientados y reincidentes en el pecado, Cristo se acerca

primero a nosotros en cada momento, cada día y en especial todos los domingos. Cristo nos llama a estar con Él, para: aliviarnos, liberarnos y restaurar nuestro camino de salvación.

Recibir la Eucaristía es el regalo que enriquece mi ser y me hace uno con Cristo, aunque nos reconozcamos indignos. Pues vale recordar y repetir las palabras del Centurión: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; mas solamente di la palabra y mi criado quedará sano” (Mt 8,8). Por eso Eucaristía es Don de salvación que se entrega de forma sensible y espiritual, es decir, el cuerpo y sangre de Jesucristo. Don que hace de sí mismo, en este sentido es:

Banquete conmemorativo, donde el pan y el vino es auto-entrega de Cristo orientada hacia los creyentes. A ellos va destinada la presencia real pero por medio de y en este don de pan y vino (...) da nuevo sentido, no por parte de los hombres sino que es el Señor mismo que lo hace porque vive en la Iglesia, pan y vino son señales como forma manifestativa – específicamente sacramental- del que nos abre con su muerte a la salvación, es muestra encarnada de amor. (Schillebeeckx , 1968: 169-170).

En la consagración, el pan y el vino son convertidos por la misericordia y el poder de Dios en Cuerpo y Sangre del salvador. Y el modo de la Eucaristía hoy es una celebración por amor, por encuentro con el perdón, por acción de gracias y petición personal, es oración y alabanza por lo que Dios por medio de Cristo realiza. Es decir es un modo sacro e incruento, lo que fue anteriormente un terrible el sacrificio cruento en la cruz. Es Cristo que nos invita a morir en Él ofertándonos la salvación, misma que alcanzamos por su muerte y resurrección.

CONCLUSIONES

La pregunta sobre la muerte, ha sido la inquietud de la humanidad entera, es una interrogante tan antigua como antigua es la historia de la humanidad. No sólo es una interrogante antropológica, sino también existencial. En la filosofía antigua y presocrática, la reflexión sobre la muerte era naturalista, sólo se la concebía como el final de la vida, por ende los sabios de esta época entre los más importantes citamos a Heráclito y Epicuro, enseñaban a asimilar este hecho serenamente, de modo que no afecta una vida de calidad, de ahí entonces los dichos populares “comamos y bebamos que mañana moriremos”, “mientras se vive la muerte no ha llegado y cuando esta llega ya estamos muertos”, por eso no se debía preocupar por ella.

En la concepción de la muerte en la filosofía platónica y aristotélica, la reflexión sobre la muerte avanza y se integra en ella otros elementos como en el caso platónico, la inmortalidad del alma y la posibilidad de reencarnación, esta reflexión implica la ética y la moral, pues en la medida en que se vivía una vida sabia y buena, sin perjudicar a los demás, existía la posibilidad de reencarnarse y escoger una mejor vida, hasta llegar a una superación de la maldad humana y gobernar el cosmos junto a los Dioses.

En el caso aristotélico, la muerte sigue en la línea platónica, pero en cambio integra elementos como: reflexión desde la ética que se liga a la felicidad, quien vive bien, muere bien, además su análisis se da desde la perspectiva de perfección y contingencia, todas las cosas al nacer están en potencia pero al final llegan a la perfección, desde esta lógica el hombre tiene la posibilidad de llegar a la perfección al final de la vida y la muerte es el testigo de la perfección en cuanto causa final última.

Por otro lado, también topa el tema de la valentía o cobardía del hombre al intentar huir de la muerte, el hombre prudente nunca tiene miedo ni huye de lo que no conoce, de lo tenebroso por el contrario se enfrenta con valentía a lo desconocido, pues lo toma como una aventura en la cual el alma no deja de aprender.

El tema de la muerte se enriquece desde el encuentro de la fe con la razón, que permite una nueva forma de ver la vida, la misma muerte y al hombre. La filosofía

medieval propone desde la Revelación de Dios dar mejor sentido a la muerte ya que; si Dios nos crea como nos puede dejar morir sin sentido, es que algo más nos espera y es su intervención por medio de Cristo y su resurrección. Justamente la mirada desde la fe de los filósofos: Agustín de Hipona, M. Maimónides, y Tomas de Aquino, dan un giro de visión desde el análisis de varios elementos metafísicos y antropológicos.

Las concepciones sobre la muerte se alimentan de la afirmación que el hombre mantiene la unidad entre cuerpo y alma; el cuerpo limitado por la materia, el tiempo y el espacio no escapa de la muerte, pero nos vemos alentados porque el alma creado por Dios es inmortal ya que procede de naturaleza espiritual, si en el obrar moral el alma ha caído en el mal, el alma necesita de fuerza divina para alcanzar salvación porque por sí no podrá. En este punto la muerte se convierte solamente en facilitadora de que la condenación o salvación sea un hecho. La muerte desde Agustín de Hipona “no es nada” en el sentido que solo es un paso que nos lleva a otro lado.

Se ve claramente que el conjeturar, elementos de la revelación divina con categorías aristotélicas se encuentra un giro esperanzador sobre la muerte que nos espera; Dios es quien crea todo de la nada, el hombre es la máxima sabiduría de la creación que está determinado por el ser divino, esto hace que haya una garantía de tener esa perfección de Dios después de morir, en la búsqueda de esta perfección el alma mantendrá facultades y una ellas es buscar el Bien. La filosofía religiosa, invita a mantener una postura serena y confiada frente a la muerte cuya solución vienen con la resurrección.

Todo ser humano mantiene su ser de Dios y el hombre se construye en su ser por reflejo de aquel que ES primero (Dios). El aporte medieval permite por el aporte Tomista recordar que: el hombre tiene un fin extrínseco a sí mismo. Entonces, muestra muerte no tendrá la última palabra, porque nuestra alma es de cualidades: individual, inmortal y creada.

Al analizar la visión de la muerte desde el existencialismo, ésta es considerada vacía y absurda, en cuanto pone fin a la existencia, la muerte es un acto de crueldad que atenta

contra la felicidad del hombre, pues el hombre sabe que de ella no puede escapar, por tanto nunca puede alcanzar la felicidad, ya que esta preocupación le agota y le absorbe.

Por otro lado, la crueldad de la muerte en el existencialismo secular es relacionada con la voluntad y proyecto de Dios, el interrogarse sobre el absurdo de la muerte conlleva a interrogarse sobre si Dios es en realidad bueno y si Dios es bueno, no puede salir nada malo de Él, pero entonces existe la maldad y la muerte. Ambas no son buenas sino son absurdos, entonces ¿porque Dios lo permite?, esta contradicción tiene una consecuencia y la mayoría de pensadores existencialistas recurrieron al único recurso posible, no pudiendo negar la maldad y la muerte que son constatables, optaron por negar la existencia de Dios.

El existencialismo cristiano, afirma la presencia de Dios, y encuentra en el enviado de lo alto respuesta al absurdo de la muerte, la maldad y el sufrimiento, ya que Cristo cargó con todos los pecados del mundo y sufrió lo insufrible, no por sus pecados sino por los pecados de todos. Jesús de Nazaret que “pasó por el mundo haciendo el bien” y fue injustamente acusado, maltratado, injuriado, enjuiciado, crucificado y muerto, nos enseñó cómo se debe enfrentar, la injusticia, el dolor y el sufrimiento. Él llenó de sentido a lo absurdo y resucitando venció a la muerte, por tanto el problema de la muerte, pierde fuerza y se vuelve llevadero, ya que existe la esperanza de resucitar con él.

Aquí es donde entra la interrogante que originó este trabajo: **¿Por qué la salvación del hombre pasa necesariamente por la muerte de Cristo en la Cruz?**

Y ante este acto de Jesucristo muchos autores han realizado múltiples interpretaciones, como la que hacía Nietzsche, que recoge Hans Kung: pues Dios parece un sanguinario y verdugo, que no fue capaz de salvar a su propio hijo, sino que lo entregó para que muriera sangrientamente en una cruz. Dios es Prototipo de bondad y en su mundo, tanta injusticia, dolor y sufrimiento y si es bueno ¿por qué no lo evita?.

Pasando ya a intentar una respuesta a nuestra interrogante. Dios Todopoderoso, pudo salvar al mundo de múltiples maneras, pero Dios permitió y no interrumpió la muerte sangrienta de su Hijo. Parece ser que Jesús mismo asumió con libertad y voluntad ese tipo

de muerte por todas las circunstancias aglomeradas debido a su especial presencia en nuestro mundo.

Ante esta problemática, encontramos que la tanto en la interpretación política y religiosa de ese tiempo, convenía que un solo hombre muriera por el pueblo, así lo expresó Caifás, esta visión coincide con la economía de la salvación, era mejor que un solo hombre muriera por todos y el hijo de Dios era el único capaz de reconciliar a los hombres con Dios. Por las siguientes razones:

La ofensa y desobediencia a Dios era insalvable por los hombres, solo Dios mismo podía salvarlo, pero para ello debía tomar la condición de hombre. Así los pecados de la carne, debían ser redimidos en la carne, la obediencia de un hombre, Adán, tenía que ser redimido por la obediencia de un hombre Jesús; así mismo, los pecados de los hombres, tenían que ser lavados con sangre inocente que no conociera el pecado. De modo que no había posibilidad de salvación si Dios mismo no tomara la iniciativa.

Por amor Dios mismo ideó un plan de salvación, enviar a su hijo único para que tomara la condición humana y asumiera todas las miserias humanas para purificarlas, hacerlas santas y para que así quedaran redimidas. Existían otras posibilidades, pero Jesús lo asumió su misión con amor obediencia y entrega absoluta, quizá en el plan de salvación original de Dios no contemplaba la muerte sangrienta de su hijo, quizá con el ejemplo de vida y la predicación en la que mostraba el rostro y la bondad de Dios, hubieran sido suficientes, pero la maldad y la ambición humana fueron las que hicieron morir a Jesús y “Dios que puede sacar hasta de las piedras hijos de Abraham” Hizo que la muerte de su hijo no fuera en vano, y con ella reconcilio consigo al mundo.

Entonces quizá no era necesaria la muerte en la cruz para la salvación de los hombre, pero las circunstancias hicieron que pasara y Dios la hizo gloriosa y no lo abandonó en la muerte sino que lo resucitó, dando sentido al dolor, al sufrimiento y a la muerte, desde entonces la muerte ya no es el final, es un paso a la resurrección y la vida eterna.

Desde entonces, el dolor y el sufrimiento tienen sentido, porque hay esperanza y si se confía a quien los padeció en carne propia, son más llevaderos y al final existe la posibilidad de la gloria. Así lo expresamos en los distintos prefacios y plegarias en la Santa Eucaristía.

Para aceptar esta Muerte, Jesús, es posible que no tuviese; certeza de ser el Mesías su actividad se debate entre una pretensión mesiánica y un conocido secreto mesiánico. En ocasiones tenía esa pretensión mesiánica por las señales que venían de Dios, de los hombres y de los demonios, pero en otras ocasiones se mostraba muy prudente y ante acontecimientos extraordinarios mandaba a guardar silencio. Esta actitud contradictoria de Jesús se debe a la no certeza de su condición o a la elaboración cristiana a la luz de la pascua.

Lo cierto es que la muerte de Jesús decepcionó a muchos y de no ser por la resurrección el acontecimiento de su muerte no hubiera trascendido. A la luz de la pascua la primera cristiandad encuentra coincidencia entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe y empieza a elaborar la doctrina cristiana cuyo centro es el acontecimiento de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

Así primero se escriben los relatos de la pasión, luego el resto del evangelio, de este modo lo terrible de la muerte de Cristo, pasa a ser glorioso y celebrativo. Unido a ello viene la esperanza para el cristiano, de un “con morir con Cristo”, para resucitar con él.

Pero resulta que nadie ha experimentado su propia muerte y ante lo desconocido aun con la impronta de la resurrección, nos sigue perturbando, es entonces cuando apegado a la ética algo de nuestra muerte pasa por la muerte del otro, y tenemos una especie de culpabilidad de sobreviviente ante el que ya no puede responder, entonces el rito cristiano del funeral se convierte en un adiós, que consiste en encomendar al que ya no está a lo que creyó.

La muerte de Cristo como sacrificio oblativo, pone fin a todos los sacrificios aun cuando difiere de los sacrificios de las religiones ya que aunque es víctima, termina perdonando a sus victimarios y además Él se auto ofrece como ofrenda de amor, por ende

aun cuando se conserva elementos de sacrificio, guarda distancia de ellos por su auto ofrenda por los pecados de todos los hombres.

Finalmente, la naciente Iglesia se funda en los acontecimientos de pasión muerte y resurrección de Jesús, cuya celebración de estos acontecimientos se los unió en una sola celebración la de la Eucaristía, para simbolizar que no son acontecimientos separados, sino uno solo conocido como triduo pascual. Así se concluye que tanto la muerte como la resurrección de Cristo Salvan.

La Eucaristía, por ende es la celebración de salvación por excelencia, ya que quien se acerca a ella come la Carne del Señor y bebe su Sangre obteniendo vida eterna. Ciertamente con la muerte y resurrección de Cristo la salvación del mundo ya estaba dada, pero para mayor eficacia, Cristo quiso permanecer en el mundo con los hombres por quienes entregó su vida para ser comido y bebido y así nadie se pierda.

Además como guía y cumpliendo su promesa envió al Espíritu Santo, para que el hombre haga siempre lo que es agradable a los ojos de Dios. Todos estos beneficios nos los da Dios en la Eucaristía.

Cristo está vivo en nuestra Iglesia, y es presencia perenne. Así la Muerte de Cristo en la cruz exige ser creída, vivida y celebrada. **Creída:** En la vivencia de la Semana Santa como centro del Cristianismo; **Vivida:** En la comunidad llamada Iglesia, y sus manifestaciones en los actos sacramentales, catequéticos y pastorales; y **Celebrada:** En la liturgia, en especial, el día domingo que nos lleva a nosotros los bautizados a la gran fiesta de la Pascua.

BIBLIOGRAFÍA:

Libros:

ADAM, KARL, *El Cristo de nuestra Fe*, Barcelona, Herder, 1966.

ARISTÓTELES (1995) *Moral a Eudemo*. Alianza Editorial, Madrid

ATEHORTÚA, Adolfo (2010). “*Visión Cristiana de la Historia*”, Ensayo de Escatología Ed., San Pablo, Bogotá-Colombia, 2010.

BOFF, Leonardo (1981). *Pasión de Cristo, Pasión del mundo*, Santander, Ed. Sal Terrae.

BOURGEOIS, Le Du Delzant (1975). *Salvación y Lenguaje*, Ed, Marova, S. L. Viriato, 55. Madrid.

CORDOVILLA, Ángel (1997), *Gloria de Dios y salvación del Hombre*, Salamanca, España,

FLORES, Juan (2006). *Catecismo de la Iglesia Católica, Compendio y Notas Pastorales*, Lumen, Buenos Aires-México.

GIRARD, Rene, *El misterio de Nuestro mundo*, Edit. SÍGUEME. Salamanca 1982.

GONZALEZ, Gil (1977). *Cristo Misterio de Dios*, Tomo II, Madrid, Católica.

GOURGUES, Michael (1990). *Jesús ante su la pasión de su muerte*, Navarra, Verbo Divino.

HANS, VON Balthasar, (2000). *Tratado sobre el Infierno*, Segunda Edición, Valencia España.

HESCHEL, Abraham Joshua, Maimonides. *Guía de los Perplejos*, Tomos I, II y III.

JEREMIAS, Joachim (2011) *The eucharistic words of Jesus*, SCM Press; Edición: Revised.

KIERKEGAARD, Søren (1995), *El concepto de la angustia*. En Revista Themata pp. 52, 152-155.

KIERKEGAARD, Søren (2010). *Discursos edificantes. Tres discursos para ocasiones supuestas. Escritos Søren Kierkegaard*, vol. 5. Madrid: Trotta, 2010.

KIERKEGAARD, Søren. (1983). *Fear and Trembling*. Princeton: Princeton University Press.

KÜNG, Hans (1979) *¿Existe Dios? Respuesta al problema de Dios en nuestro tiempo*, Madrid, España: Ediciones Cristiandad.

KÜNG, Hans, (1981). *Jesús la Historia de un Viviente*, Ediciones Cristiandad, Madrid.

MARCEL, Gabriel (1940). *Du refus à la invocation*, Paris, Gallimard, 1940, p. 224-225. Cit. Por: Urabayen, Julia.

MARCEL, Gabriel (1945). *Autor de Heidegger, Dieu Vivant*, Paris, vol. VIII, 1945, p. 93-94. Cit. Por: Urabayen, Julia,

MARCEL, Gabriel (1955). *L'homme problématique*, Paris, Aubier-Montaigne, 1955, p. 61. Urabayen, Julia, op. cit., p.47.

MARCEL, Gabriel (1959). *Présence et immortalité*, Paris, Flammarion. 1959: 147, Cit. Por: Urabayen, Julia, *El humanismo trágico de Gabriel Marcel: el ser humano en un mundo roto*.

MARCEL, Gabriel (2003) *Ser y tener*, Traducción de Ana Maria Sanchez, Caparrós editores, España.

MARCEL, Gabriel *Un entretien inédit avec Gabriel Marcel*, *Bulletin Association Présence de Gabriel Marcel*, N° 3, pp. 38-48. Cit. Por: Urabayen, Julia.

MINGO, ALBERTO, *Símbolos de salvación: redención, victoria, sacrificio*. Salamanca, España: Sígueme, 2007, Pág. 158.

MOLTMANN, Jürgen, *El Dios Crucificado*, Verdad e Imagen, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1977, Pág. 479.

MOLTMANN, Jürgen, *La Venida de Dios*, Escatología Cristiana, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2004, Pág. 446.

MOUREAU, E. y Nyssen, J, *Orientaciones pastorales para semana santa*, Compañía, Salamanca.

QUEIRUGA, Andrés (1995), “¿Qué queremos decir cuando decimos “Infierno?””, Editorial SAL TERRAE, Santander, España-Bilbao.

QUEIRUGA, Andrés (1995). *Recuperar la Salvación*, Sal Térrea, Santander, Colección Presencia Teológica.

QUEIRUGA, Andrés, *Recuperar la Creación*, Santander, España-Bilbao

RAHNER, Karl (1979). *Curso fundamental sobre la fe*, Barcelona, Ed. Herder, 1979.

RAHNER, Kart *El sentido teológico de la muerte*, Edt. Herder, Barcelona, 1965

RATZINGER, Joseph (2007) *Jesús de Nazaret*, Colombia, Planeta.

RUIZ DE LA PEÑA, Juan (1971). *El hombre y su muerte*, Ediciones Aldecoa S. A.

RUIZ DE LA PEÑA, Juan (1982). “*el hombre y su muerte*”, ediciones Aldecoa S. A

RUIZ DE LA PEÑA, Juan (1988). *Imagen de Dios: antropología teológica fundamental*, Ed. Sal Terrae, Santander.

SARTRE, JEAN-PAU, *El Ser y la Nada*.

SCHELER, Max, 81957). *Tod und Fortleben*, en “Schriften aus dem Nachlass”, I, Bern, 1957, 2a ed. p.11

SCHELER, MAX, *Muerte y Supervivencia*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, España, 1934.

SCHILLEBEECKX, Edward (1994). *Los Hombres Relatos de Dios*, Salamanca, Ediciones Sígueme,

SCHILLEBEECKX, Edward. (1981). *Jesús la Historia de un Viviente*, Ediciones Cristiandad, Madrid.

KÜNG, Hans SCHUMACHER, Bernard (2008) *El absurdo de mi muerte como alienación permanente de mi ser-posible*. Traducción de Silvia Pasternac. En Revista Estudios - Instituto Tecnológico Autónomo de México, pp. 63-87.

SCHUMACHER, Bernard, “De la indiferencia de la muerte a la muerte como un mal”, *Revista de Filosofía Iberoamericana*, primavera de 2007.

SECO, José, *Nietzsche y Marcel, testigos de la modernidad*, Estudios Filosóficos, Valladolid, vol. XXXVIII, 1989, pp. 563-580.

KIERKEGAARD Søren (Pap., X3 A 710) Cit. Por: Katarína Gabašová, Kierkegaard y el concepto de la muerte en el contexto del turismo oscuro. En Sincronía, Revista de Filosofía y Letras N° 65-66, ene, dic. 2014.

URABAYEN, Julia, “El humanismo trágico de Gabriel Marcel: el ser humano en un mundo roto”, (2010) En: *Revista, Estud.filos* n°41 Junio de 2010 *Universidad de Antioquia* pp. 35-59.

VALERA, Fernando, (1947). *Guía de los Descarriados o Perplejos – Maimónides*, Editorial Orión, México, D.F.

Documentos:

BENEDICTO XVI, (2006). *Deus Caritas Est*, Carta Encíclica, Ed. Paulinas, 2006.

CONCILIO VATICANO II, (1991). *Constitución Pastoral Gaudium et Spes*, Cuadragésima tercera edición, Autores Cristianos, Madrid

FERRATER. MORA, José (1958). *Existencia en.*, *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, (4.a ed.).

JUAN PABLO II, (1984). *Salvifici Doloris*, Carta Apostólica.

JUAN PABLO II (1996). *Creo en Jesucristo*, Palabra S A, Madrid.

MYSTERIUM SALUTIS, Manual de Teología como historia de Salvación, Ediciones Cristiandad, Huesca, Madrid.

Biblia:

Biblia de Jerusalén, (1998). Descleé de Brouwer, Bilbao.

Biblia de oración (2007). *Palabra de Dios*, Paulinas, Sociedad Bíblicas Unidas.

Biblia de las Américas. Versión Electrónica.

Web:

[http://www.filosofia.mx/index.php?/forolibre/archivos/apologia_de_socrates_resumen,\(04/02/2013\)](http://www.filosofia.mx/index.php?/forolibre/archivos/apologia_de_socrates_resumen,(04/02/2013))

http://bibliotecacatolicadigital.org/Libros/JL%20M%20DESCALZO/VM_301_cruzenelcentro.htm

http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lib/vol24/95/095_mondin.pdf

“La Teología de la Esperanza, Hoy. (30/09/2013)

http://bibliotecacatolicadigital.org/Libros/JL%20M%20DESCALZO/VM_3-01_cruz_en_el_centro.htm (30/09/2013)

<http://www.laverdadcatolica.org/MisalAbril2013.htm> (Prefacio I de Pascua)

http://mercaba.org/FICHAS/ORACION/CREDO/5_descendio_resucito.htm

<http://www.enlacejudio.com/2013/10/02/el-mundo-celestial-el-terrenal-segun-maimonides/>

http://www.academia.edu/10022492/La_muerte_en_el_pensamiento_filos%C3%B3fico_medieval.